

7185

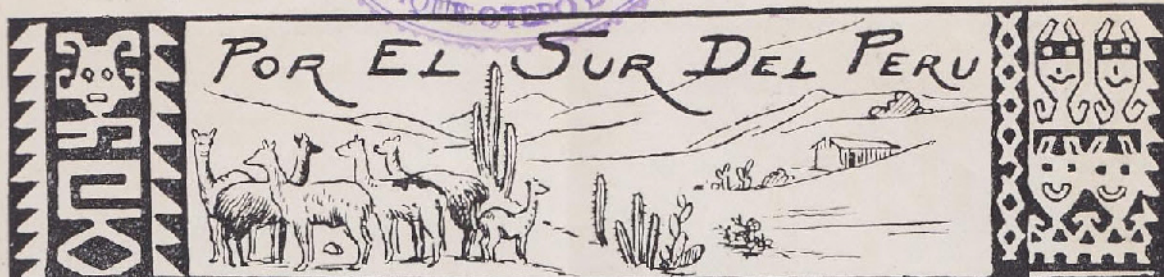
POR EL SUR DEL PERU

NICOLAS GARCIA SAMUDIO



ARTICULOS PUBLICADOS EN "EL GRAFICO"
REFERENTES A LA EXCURSION AL CUZCO,
ORGANIZADA POR EL GOBIERNO DEL PERU
EN HONOR DE LAS DELEGACIONES AL TER-
CER CONGRESO CIENTIFICO PAN AMERICA-
NO REUNIDO EN LIMA.

BOGOTA - COLOMBIA - 1925



Comenzamos hoy la publicación de una interesantísima serie de artículos, profusamente ilustrados, sobre la excursión al país de los antiguos Incas, organizada por el gobierno peruano, en enero último, en honor de las Delegaciones al Tercer Congreso Científico Panamericano. El autor de estos artículos, el distinguido historiador doctor Nicolás García Saavedra, miembro de número de la Academia de Historia de Colombia y correspondiente de la del Ecuador, es bien conocido de nuestros lectores pues ha sido uno de los colaboradores más asiduos y valiosos de esta revista y no necesitamos presentarlo. Asistió a la maravillosa excursión como Delegado de Colombia al citado Congreso Científico, y fruto de su talento de escritor y de observador atento a escudriñar los orígenes del pasado son los artículos cuya publicación iniciamos en este número y que versarán sobre los siguientes puntos: La excursión al país de los Incas.—La costa y el desierto peruanos.—El valle y la Ciudad Blanca de Arequipa. Las llamas y vicuñas.—Los volcanes y picos nevados de Los Andes.—El Cuzco, la Roma de América, capital del Imperio de los Hijos del Sol.—Ruinas de las fortalezas y edificios incaicos.—El Templo del Sol.—Los conventos, iglesias y casas históricas del Cuzco.—Las civilizaciones incaica y Española.—Sus historiadores. El indio peruano: su historia, costumbres e idioma.—Homenajes al Congreso Científico.—A orillas del lago Titicaca en Bolivia.—En Paita, donde vivió el maestro del Libertador y murió doña Manuela Sáenz.—La tres veces coronada «Ciudad de los Reyes» de Lima.

1

Clausuradas el 6 de enero de 1925 las sesiones del Tercer Congreso Científico Panamericano reunido en Lima, el Gobierno del Perú invitó a las Delegaciones a una excursión por el sur del país que tendría por fin principal visitar y estudiar el Cuzco, la ciudad más antigua de América; la venerable capital del imperio de los Incas; «la noble y gran ciudad cabeza de los Reinos del Perú»; «el centro de la tradición indiana», como dice F. García Calderón, y rincón único del continente donde se acumuló sobre la civilización incaica la cultura hispana, revelándose allí en alto grado el esfuerzo colonizador de España.

El Cuzco fue el término y objeto principal de la excursión, pero también fue de grandísimo interés el viaje por los Departamentos del sur, que se verificó navegando por la costa del Pacífico desde el Callao hasta Mollendo, donde se toma el ferrocarril del sur que en dos días conduce a la ciudad sagrada de los Hijos del Sol. Se visita de paso la histórica ciudad de Arequipa situada al pie del Misti, bello y majestuoso volcán que parece iluminarla perennemente con su cresta de nieve, y rodeada por el valle que baña las costas del río Chili. Jorge Polar, autor de un libro sobre esta ciudad en el cual no se sabe qué admirar más, si la cabeza o el corazón del autor, llama al Misti «el Sinaí peruano, a cu-



IZQUIERDA—Sta. Carmen Gallagher (Lima). Dr. Corvacho, Director del Museo Bolivariano de Lima. Sta. Catalina Recabarren (Lima). Dr. José R. Villalón, Delegado de Cuba. Sta. Ester Lozano y Lozano (Colombia). Dr. Victor Manuel Reyes, Delegado de Bolivia. D. Julio Camba, escritor español invitado especial del Gobierno peruano. Dr. Rafael de la Puente, Presidente de la Comisión de atenciones al Congreso Científico. Sta. Carmen Villalón (Cuba). Sta. Elena Graña (Lima). Dr. Luis A. Baralt, Delegado de Cuba.

Derecha: En la plaza del Cuzco
De pie: Oficial del ejército peruano. Dr. Luis A. Bouroncle, Delegado del Perú. Dr. Carlos Lozano y Lozano (Colombia). Dr. Luis Vígil (Lima). Caballero del Cuzco. Sabio alemán excursionista. Sentados: Dr. Guillermo Fernández Dávila (Perú). Dr. José León Suárez, Delegado de la Argentina. Sta. Ana

Rosa Tornero, (Bolivia), y Sta. Maria Lila Suárez, (Argentina), ambas de la Conferencia Panamericana de mujeres. Sr. Alberto Rossell (Perú). Miss. Rhode. Miss. Barber. Miss. Wordes y Miss. Thocher (Estados Unidos). Además concurren a la excursión: Por Argentina: Héctor Oreslebin y Francisco Aparicio, arqueólogos, y Dr. Marcelo de la Barra. Por Bolivia: Sra. Edwígis de Hertzog, de la Conferencia Panamericana de mujeres. Por Brasil: Dr. Manuel Cicero Peregrino de Silva. Por Cuba: Dr. Fernando Sánchez de Fuentes y Sra. Patria Tio de Sánchez Fuentes. Sra. Blanche Z. de Baralt. Por Estados Unidos: Mr. and Mrs. Blakeslee. Mr. and Mrs. Murphy. Por Perú: Dr. J. J. Bravo, Secretario del Congreso, y familia. Sta. Corina Garland. Sr. E. Recabarren. Dr. Herrera, de la Universidad del Cuzco, e hija, y otras personalidades diplomáticas y científicas, cuya lista publicaremos próximamente.



Algunos asistentes a la excursión del Congreso Científico de Lima



Una de las cumbres más altas de los Andes: el Misti, volcán que domina a Arequipa

yas faldas entre truenos y relámpagos se han dictado leyes de libertad y de justicia». Arequipa es la *ciudad blanca* cantada por su poeta Melgar; es uno de los lugares más altos de América y de luz más pura y espléndida, por lo cual ha sido elegida por la Universidad de Harvard College, Mass. U. S. A. para centro de estudios astronómicos en un observatorio especial.

El territorio de aquellos Departamentos presenta el mayor interés y belleza por remontarse el ferrocarril a puntos de los más elevados de los Andes, unas veces sobre montañas de una aridez igual a la de la costa del Perú, dominando extensiones interminables de arena, y otras presentando valles de exuberancia y fertilidad tropical. Se divisan casi durante todo el viaje los picos andinos cubiertos por nieve perpetua y al pie de las montañas pacen las *llamas*, las *vicuñas*, animales típicos de aquella región y que comple-

mentan un paisaje también único en nuestro continente.

El indio que habita esos lugares es por su historia, aspecto físico, costumbres, trajes e idioma uno de los de tipos más interesantes para el estudio y uno de los más valiosos elementos de la nacionalidad.

Pocas regiones de América que presenten mayores fuentes para especulaciones científicas, para el arte, para la exploración y para el turismo en general. El país de los Incas es ya, y le será cada día más, uno de los lugares destinado por los hombres de estudios y por viajeros de Europa y de América para realizar las más interesantes exploraciones y descubrimientos arqueológicos. En los días en que terminó la excursión del Congreso Científico llegaba a la costa el vapor americano «Resolute» con más de trescientos excursionistas americanos y europeos atraídos sin duda por las frecuentes publicacio-



Rebaño de llamas en los Andes



Diversos tipos de indios del Perú

nes que las universidades y museos han hecho frecuentemente sobre las riquezas arqueológicas del Cuzco y sobre diversas materias de historia natural del continente. Basta recordar ahora los valiosos estudios del profesor americano Mr. Hiram Bingham, de la Universidad de Yale, Conn, hoy Senador de los Estados Unidos, sobre «*The Wonderland of Perú*», «*Across South America*», «*The Inca land*» y otros en que ha revelado descubrimientos arqueológicos considerados como de los más importantes de esta época, según concepto de «*The New York Times*».

También fue publicada el año pasado la obra «*Birds of the Island of Perú*» del sub-director del Museo de Historia Natural de Nueva York, Mr. R. C. Murphy, uno de los más distinguidos Delegados Americanos al Congreso Científico. El anciano profesor inglés Sir Clemens R. Markham publicó en 1912 su valiosa obra «*The Incas of Perú*»; «*The National Geographic Magazine*» de Washington y muchas otras publicaciones que sería largo enumerar, han despertado últimamente grandísimo interés en países extranjeros por las tierras incaicas, inmortalizadas hace siglos por las plumas clásicas de los historiadores de la Conquista, como el Inca Garcilazo de la Vega, nacido en el Cuzco, autor de los *Comentarios Reales* libro que, según Menéndez y Pelayo «excitó en alto grado la curiosidad de sus contemporáneos y ha seguido embelesando la posteridad»; (1) Cieza de León, el soldado-cronista, humano y generoso con la raza vencida; Juan de Betanzos, casado con una hija de Atahualpa, cronista el más empapado en el espíritu indígena, como dice Markham; el navegante Sarmiento que escribió su obra sobre las declaraciones que en su propio idioma hicieron cuarenta y dos Incas; Pedro Pizarro, Zarate, el Padre Valverde y muchos religiosos escribieron valiosas crónicas en que luego se inspiraron y documentaron autores posteriores como Prescott y otros modernos encargados de enseñar al mundo las fuentes inagotables de estudio que conserva el Perú incaico.

El proyecto de la excursión al Cuzco y la galante invitación que para ella se hizo al Congreso Científico, fue sin duda una de las más atinadas y brillantes muestras de cultura y de patriotismo dadas por el Gobierno del Perú durante la reunión del Congreso y la celebración del Centenario de Ayacucho. Nada habría complementado de modo más acertado las labores de las secciones de Historia, Arqueología y Geografía, ni habría sido medio más eficaz para fortalecer los vínculos de americanismo y de mutuo conocimiento que tan urgente es para las naciones de este hemisferio, como esa inolvidable peregrinación hasta la cuna misma del más antiguo pueblo de América; hasta las ruinas del Templo del Sol y de las fortalezas en donde los Incas lucharon a muerte contra el conquistador español; hasta los lugares donde existe el más alto exponente de la cultura hispana trasplantada a las Indias; hasta la ciudad donde se ciñó una corona cívica al Libertador, «la corona del Cuzco», que Bolívar puso sobre las sienes de Sucre, enviado por Colombia «para vengar los ultrajes inferidos a los antiguos «Hijos del Sol».

Ninguna manifestación de agradecimiento y de aplauso será suficiente en verdad para presentar al Gobierno del Perú por la realización de tan brillante y oportuna excursión y por las constantes y delicadas atenciones, oficiales y particulares, que nos fueron rendidas por las autoridades y por las sociedades de Lima, Mollendo, Arequipa, Puno y el Cuzco, porque como dijo acertadamente el doctor Sánchez de Fuentes, Delegado de Cuba, en la Prefectura de Arequipa al dar las gracias por el recibimiento hecho en aquella ciudad al Congreso Científico, «si se pensara que la cortesía y la gentileza han huido del mundo, nosotros diríamos que se han refugiado en el Perú».



(1).—M. Menéndez y Pelayo.—*Orígenes de la Novela*.—Tomo I.

❖ Por el Sur del Perú ❖

Del Callao a Arequipa

«Where you see no more trees,
there is Perú...» R. C. MURPHY»

Donde no se vean más árboles, allá es el Perú, dice el naturalista americano Mr. R. C. Murphy, en su último libro sobre los pájaros de las Islas del Perú. Ningún cambio tan completo en la perspectiva, ningún contraste más violento como el que presenta la costa de ese país después de contemplar la naturaleza robusta y tropical de Panamá, Colombia y Ecuador. Una roca árida cubierta de arena amarillenta y el azul de las tranquilas olas del Pacífico, son el único y monótono paisaje que el viajero tiene a su vista durante varios días. Del Callao a Mollendo el aspecto de la costa no cambia; son dos días y medio de viaje interrumpido apenas por el arribo a pequeños puertos como Cerro Azul, Tambo de Mora, Pisco, Lomas y otros que en tiempos antiguos fueron dominio de los Incas y que hoy son apenas centro de un escaso movimiento comercial.

El historiador y Director del Museo Bolivariano de Lima, doctor Jorge M. Corvacho, compañero de viaje y distinguido caballero, supo aprovechar

la demora del vapor chileno *Cachapoal* que nos conducía, en el puerto de Lomas. Bajó a tierra, se entendió con unos indios y pocas horas después volvió con preciosos objetos incaicos extraídos de una sepultura indígena por él mismo. Una gran variedad de telas y de paños en muy buen estado; cintas y cordones; adornos diversos; todo con los vivos colores y los dibujos clásicos de los Incas; la mochila que llena de coca colocaban al lado del difunto; plumas y otros objetos pequeños. Del cuerpo del indio apenas algunos cabellos se hallaron en la tumba descubierta por el hábil investigador, doctor Corvacho, a cuya generosidad y gentileza debemos el obsequio de algunas piezas incaicas de ese valioso hallazgo.

Mollendo es el puerto terminal para tomar el Ferrocarril del Sur.—El desembarque es difícil y peligroso por lo agitado del mar y por la alta roca sobre que esta edificada la población y que han obligado a adoptar un procedimiento curioso y primitivo para saltar a tierra y para embarcar a los viajeros.—Es una polea rotatoria de las empleadas para mover la carga en los puertos, a la cual se halla colgada de una fuerte cuerda una silla de brazos en la cual se sienta el pasajero y a la

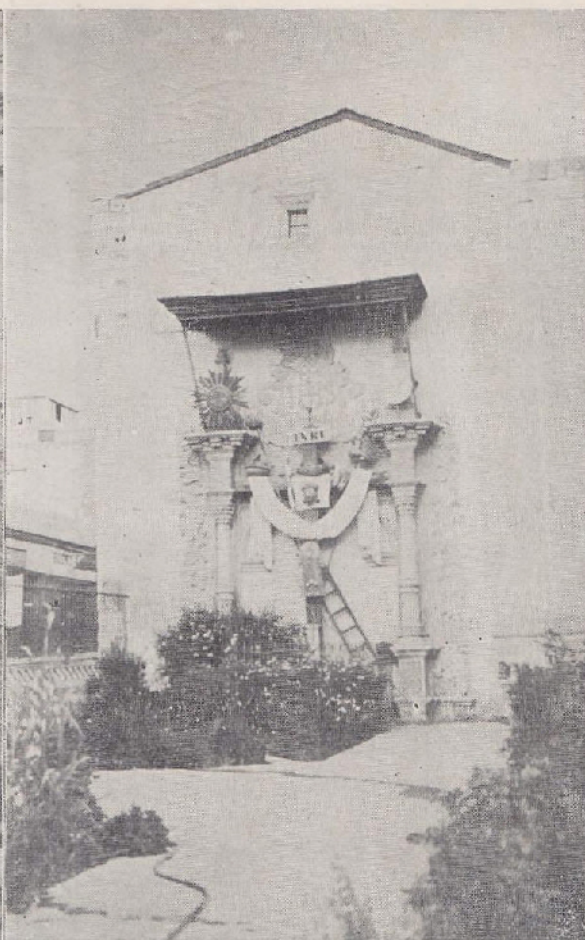


Médanos de arena entre Mollendo y Arequipa

Kodak N. G. S.



Portada principal de la iglesia de la Compañía de Jesús



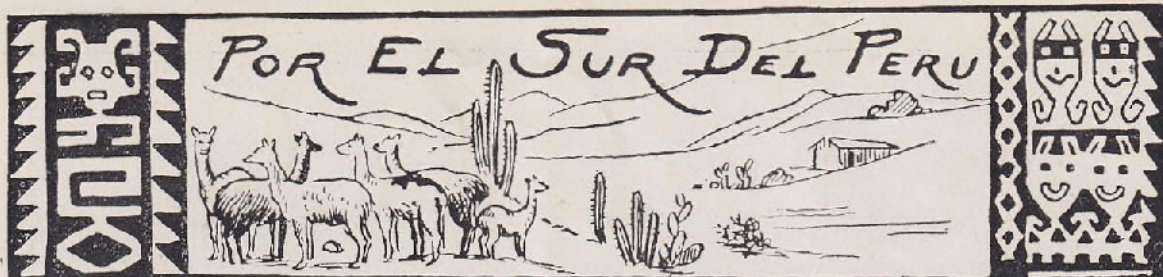
Altar o Calvario, situado a un lado de la iglesia
(Kodak N. G. S.)

bella fuente rodeada de airosas palmas, plantas y flores tropicales; todo el piso del centro es de adoquines de cemento como un patio moderno y deja amplio espacio para el tráfico de carros y tranvías.

La erección de la Catedral fue decretada por los Papas Paulo IV y V; Felipe III dio las aprobaciones del caso y en 1619 fue formalmente inaugurada con el goce de las más altas prerrogativas. Por sus condiciones arquitectónicas, por la riqueza de sus altares, coro, imágenes y recuerdos históricos, la primera Catedral fue de las más hermosas y ricas de América; pero en 1844 fue destruida por un violento incendio.—La reedificación duró más de veinte años; hoy es obra de escaso mérito y no conserva tesoros históricos ni obras de arte de mayor valor.—El frontis ocupa todo un lado de la plaza; las dos torres están muy separadas una de otra sin que tengan entre sí algo que rompa tan desairado aspecto. A cada uno de los lados tiene un arco innecesario que da la idea de algo inconcluso.—Es hoy Obispo de la Diócesis Monseñor Fray Mariano Holguín, cuya respetable y simpática figura se destacaba en las reuniones verificadas en honor del Congreso Científico, y en quien lucen sobre el hábito carmelita de franciscano las insignias episcopales y los colores morados.

De los muchos templos y edificios históricos que hay que admirar en Arequipa, está en primer lugar la Iglesia de la Compañía de Jesús, cuya construcción se inició en 1578.—La torre, la cúpula y el interior son espléndidos, pero sobresalen los frontis lateral y principal.—El principal fue terminado en 1698; es obra maravillosa de piedra labrada, en donde cada pilastra, cada cornisa, cada ventana, cada serie de adornos es de una finura y de una pureza completas. Se van descubriendo en tan complicada labor dibujosos caprichosos, flores, encajes, cabezas de ángeles, inscripciones, escudos, todo en profusión casi fatigante.—Es sin duda una de las portadas más interesantes y dignas de estudio en América. Un pequeño jardín con su verja de hierro la separa de la calle, y al lado izquierdo se halla un airoso altar o *calvario* donde se admiran en medio de columnas y adornos de piedra, las insignias de la Santa Pasión. De estos altares se encuentran algunos en las calles del Cuzco y quizá en la parte antigua de Lima. Obedeció su construcción a costumbres y devociones especiales, y dan a las ciudades cierto aspecto de religiosidad que transporta la imaginación a las edades pasadas.

La puerta lateral de *La Compañía* es también obra en piedra de mucho interés y originalidad:



Al pie del Misti

Are quepay, contestó el cuarto Inca de la monarquía del Perú, Mayta-Capac, a los soldados que lo acompañaban en 1170 en su viaje de conquista hacia el Cuzco, cuando llegaron y admiraron el valle que riegan las aguas del río Chili.—*Are quepay*, que quiere decir *Si, quedaos*, decidió la fundación de este poblado incásico con el nombre de *Arequipa*, donde cuatro siglos después, en 1535, Pizarro y Almagro encontraron una floreciente ciudad a la cual llamaron *Villa Hermosa de Arequipa*.—Carlos V le concedió escudo de armas en 1540 y en 1571 fue titulada de *muy noble y muy leal* por el Virrey don Francisco de Toledo con aprobación de Felipe II.—Se desarrolló allí uno de los centros más importantes en el Virreinato; fue grande su participación en la guerra de Independencia; en la vida republicana se le ha llamado «la ciudad revolucionaria», y es hoy el centro más importante del sur del Perú.

Tres volcanes coronados de nieve dominan la ciudad y el valle; a un lado el *Chachani*, al otro el *Pichupichu*, y en medio, lleno de majestad y de

belleza, el *Misti*, que se eleva a 10.912 pies ingleses sobre Arequipa y a 18.550 sobre el nivel del mar. (1) Dista de la población unos pocos kilómetros; tiene por base un diámetro de más cincuenta leguas y la cima se ve cubierta de nieve durante casi todo el año.

Las construcciones urbanas se hacen de una piedra blanca llamada *sillar* sacada de las canteras del volcán, y la luz es tan fuerte y tan pura que con acierto es llamada «la ciudad blanca», y por el clima, vegetación y fuentes de agua mineral es «la mansión más agradable de la América del Sur», en concepto de Flamarion en sus *Contemplaciones científicas*.—Son famosas en el valle las aguas termales de los balnearios de *Jesús* y de *Yura*.—Las calles de la ciudad son recorridas a diario por rebaños de llamas y de vicuñas conducidas por indios de simpático aspecto.

La *Plaza de Armas* tiene en uno de sus costados la Catedral, y los otros tres son de clásicos portales españoles; en el centro tiene una

(1)—«Arequipa», Por J. Polar.—Pág. 50.



Plaza de Armas de Arequipa. Al fondo, la catedral

bellas sementeras y árboles frondosos; rebaños de llamas se distinguen a uno y otro lado: es el valle de Arequipa, limitado como dice el citado autor Polar, «por la llanura desolada que no tiene más consuelo que la lejana ilusión del espejismo, y por la atormentada región de las cordilleras. Es el valle verde, radiante, primaveral todo el año; es un verdadero oasis, perfumado y florido; es una ráfaga de luz brillante detenida en el tibio regazo de nuestras montañas azules!». A lo lejos se alcanza a divisar y despierta el entusiasmo y la alegría de los viajeros fatigados y cubiertos de polvo, la cumbre majestuosa del *Misti*, que tiene a sus lados el *Pichupichu* y el *Chachani*, volcanes cubiertos de nieve a cuyo pie se extiende la noble ciudad de Arequipa.

Esta ciudad es la capital del Departamento del mismo nombre y la más importante del sur del Perú. Es de origen incaico; tiene famosos edificios coloniales; vive de un activo comercio; ha llevado una agitada vida republicana que le ha valido el título de *revolucionaria*. Su sociedad es culta e intelectual y es formada por familias de lo más antiguo del Perú. En la estación del ferrocarril nos aguarda una distinguida concurren-

cia encabezada por el Obispo Fray Mariano Holguín, franciscano; por el Prefecto del Departamento don Demetrio Cornejo; por miembros del Ejército, del Poder Judicial, de la prensa, del comercio, de la Universidad y de todo cuanto vale en la ciudad. Se nos conduce al salón de la Prefectura donde a una cordial bienvenida del distinguido Alcalde Don Miguel Forga, da respuesta el elocuente Delegado de Cuba doctor Sánchez de Fuentes.

Estamos en la *Ciudad Blanca* de Arequipa: cuánta historia que repasar; cuántas leyendas y escudos que descifrar en sus antiguos edificios, y en sus templos; cuántos *portales* y calles tortuosas de purísimo sabor español que recorrer; cuántas excursiones a la *campiña*, a las fuentes de aguas minerales y al pie de los volcanes que realizar; cuántas damas, caballeros y religiosos de alta cultura que tratar; cuántos recuerdos imborrables guardaremos para siempre de la visita a esta ciudad incaica y española; letrada y militar; revolucionaria y comercial; coronada por volcanes nevados y circundada por un valle de belleza y de exuberancia tropical!





Vista panorámica de Arequipa

Kodak N. G. S.

que se agarran dos o tres compañeros más.—La polea es levantada; la silla gira presentándose a los espectadores un singular espectáculo, y baja de nuevo para dejarlos en tierra.—El mismo procedimiento es adoptado para mover los equipajes y la carga y es sin duda un divertido medio de desembarque.

Mollendo es por sus deliciosas playas y por su clima, un lugar preferido de veraneo para las familias del Perú y de Bolivia.—Su culta y hospitalaria sociedad nos tributó brillantes atenciones en el club de la ciudad.—De allí arranca el ferrocarril del sur destinado a subir a altísimos picos de los Andes y a atravesar una de las regiones más accidentadas y de aspecto más extraño e interesante que sin duda pueden contemplarse en el mundo. El tren comienza a remontarse; cruza la región de Ensenada formada por ricas haciendas de propiedad de los señores Romañas, Lira, Muñoz y otros, que en caña de azúcar es de lo más rico de esa parte del país.—En el kilómetro 30 se desprende un ramal ferroviario que va al valle del Tambo, también de los más bellos y ricos de la costa, a 304 metros de altura sobre el nivel del mar.—Los extensos platanares; las palmas y las enredaderas cubiertas de flores rojas; los caseríos de madera; la suavidad del clima y la gran variedad de frutas que se cultivan, hacen del Tambo una bella estación desde donde apenas se alcanza a divisar a lo lejos la línea azul del Océano Pacífico.

Desaparecido el valle del Tambo, el ferrocarril inicia un esfuerzo supremo para coronar las alturas; ya no se ven árboles ni plantas: es de arena brillante el horizonte. En Cachendo, (kilómetro 55) a 990 metros de altura, se halla la más poderosa

estación radiotelegráfica del sur: las torres de acero se levantan en medio del arenal interminable y las rodean casas de madera a las cuales ni la leve sombra de un arbusto defiende de soles calcinantes. El tren va ascendiendo sin cesar: domina montañas, rocas enormes; el abismo se abre a lado y lado; unas veces penetra el tren por túneles admirables, otras va dando vueltas rápidas sobre el precipicio; venciendo las más estrechas curvas; teniendo a derecha e izquierda horribles caos de piedra amarilla. Hace repetidos descensos para volver a cruzar interminables lomas de arena y de piedra. El paisaje no cambia durante largas horas: es el espejismo del desierto; los arenales, por el reflejo de una luz intensa, semejan a distancia pozos de agua; parece aquello un pedazo del Sahara. Series interminables de *médanos* de arena que toman la forma como de media-luna por el curso de los vientos y que se denominan *barcanes*, son lo único que se alcanza a divisar. Apenas enormes *cactus* y piedras se levantan amenazadoras sobre las arenas hirvientes, y algunas cruces de madera como perdidas en la extensión parecen rememorar sucesos trágicos.

Desde las estaciones de Quishuarani y de Uchumayo, a 1866 y 1965 metros de altura, (kilómetros 135 y 151) ya comienza a verse alguna vegetación. A veces se divisan desde las alturas que va pasando el tren, algunos valles encajonados y profundos; pequeños ríos y verdes plantíos que presentan el más bello contraste y que resaltan con las arenas del precipicio. Una hora antes de llegar a Arequipa, término de la primera jornada, comienzan a desaparecer los *médanos* y a descubrirse la corriente del río Chili. El clima es ligeramente frío y agradable; se divisan

De Juliaca en adelante ya la región presenta más [característicos aspectos y los indios visten y usan vestidos y sombreros de telas vistosas y de formas singulares, sobre los cuales volveremos adelante. Principalmente desde Santa Lucía, la población indígena tiene rasgos únicos por su aspecto físico e idioma; los mercados que se forman en las estaciones del tren son sobremanera pintorescos y en ellos predomina el comercio de telas y artículos de vicuña fabricados por los indios. A lado y lado se van divisando los ranchos con su pequeña sementera y sus llamas que, como dice Garcilazo, «a ningún animal se asemejan tanto como al camello, quitada la corcova y la tercera parte de la corpulencia». La contemplación de estos animales y de las aves que pueblan la cordillera que vamos admirando, nos hace repasar las páginas fervorosas del Inca clásico, que en sus *Comentarios Reales* «dejó un verdadero reflejo del alma de la raza vencida», como dice el autor de los «Hetedoroxos españoles». Con verdadera complacencia recordó los animosos cernícalos de Yucay; los habladores papagayos de Potosí «con sus muy largas y muy galanas plumas» los bravos condores y los diminutos tominejos de color azul dorado; no olvidó los gallinazos ni los pescadores alcatraces; y sobre las bandas de pájaros marinos que pueblan la costa, dice que es «cosa maravillosa ver la multitud de ellos, que se levanta el entendimiento a dar gracias a la Divina Magestad que crió tanta infinidad de aves y que la sustente con otra infinidad de peces». Las llamas y las vicuñas las designa como compañeras inseparables de los indios, como también las pocochas y las alpacas, por los servicios que les prestan. Como estas especies son ya muy raras y sus pieles alcanzan alto precio, el Gobierno peruano ha dictado severas medidas para su conservación, de suerte que toda manta que se compre debe llevar el sello de la Gobernación en el cual conste que el vendedor ha cumplido con las disposiciones oficiales.

Poco después de San Jerónimo, penúltima es-



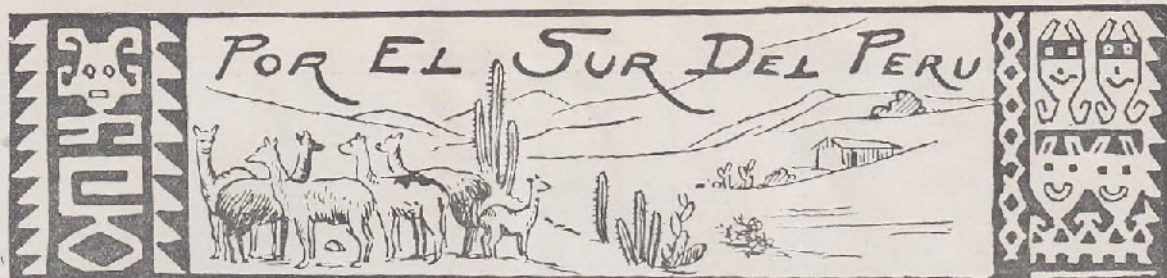
Una de las puertas antiguas del Cuzco en la Plaza de San Francisco
Kodak N. G. S.

tación de la línea, se comienzan a divisar a lo lejos las torres y los tejados de las casas del Cuzco, los diversos caminos que conducen a la ciudad y a alguna distancia se alcanzan a ver varias de las fortalezas incaicas. Profunda emoción se siente al acercarse a la ciudad santa, a donde sus más antiguos pobladores se encaminaban descalzándose antes de pasar las puertas sacras para acercarse a los adoratorios del Sol y a los Santuarios a presentar sus ofrendas a los Sacerdotes. A los lados de la entrada se van viendo cruces de madera y de piedra con leyendas borrosas que recuerdan antiguas devociones y dan un aspecto religioso a la región. La estación terminal del tren queda en el antiguo barrio de PUMAC CHUPAN, (cola de gato montés), que era una de las salidas del Templo del Sol.

A las puertas de la ciudad de los Incas, cómo no invocar por unos momentos las páginas de historia que refieren las entradas rituales de la serie de los primitivos reyes peruanos desde Pirua Pacari Manco, que inició la dinastía Pirua de Soberanos Megalíticos, 1300 años antes de Jesucristo, hasta Pachacuti VI, 3000 años después del Diluvio, según el cronista Montecinos; luego aquella serie de Reyes de Tampu-Tocco, de período de la Decadencia hasta la iniciación del los Incas con Rocca, al redor del año 1200 de Jesucristo. Terminaron entonces las dinastías Pirua y la de los Amautas, o sea la de los sabios o letrados, astrónomos e inspiradores, para dar principio a la época florecida de los Incas, cuando alcanzó la ciudad su más brillante situación. Por estas mismas calles entró victorioso el famoso Emperador Pachacutec con el heredero del trono, conducidos en litera de oro y en hombros de los Jefes vencidos, recorriendo las plazas del Cuzco sobre alfombra de flores y de palmas por en medio del pueblo entusiasmado que, vestido con sus mejores galas, danzaba religiosamente delante de los Incas. Pasadas aquellas épocas tormentosas de lucha entre las tribus, vinieron con el paso de los siglos los caballos de los conquistadores



Una esquina de la Plaza de Huakaipata en el Cuzco
Kodak N. G. S.

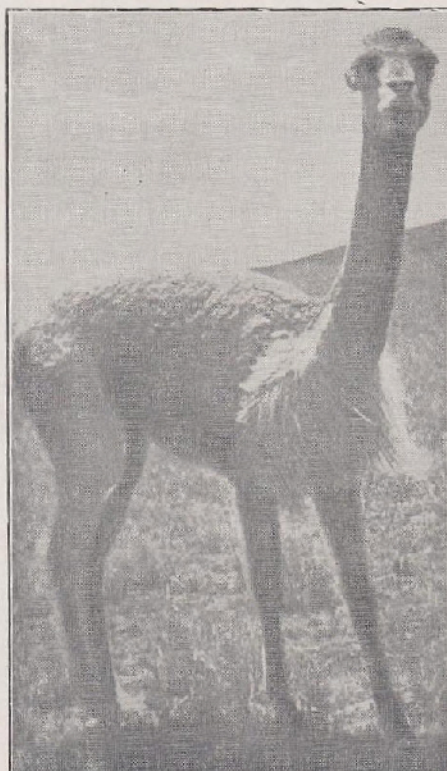


De Arequipa a Cuzco

Pasado el valle de Arequipa, la línea de hierro continúa remontándose y en breve el aspecto de la naturaleza nos recuerda los páramos de Boyacá y de Cundinamarca y algunas regiones del Quindío: interminable serie de lomas de una vegetación muy escasa; sementeras raquíticas; cercas de piedra para encerrar las ovejas y las llamas cuidadas por indios que se libran del frío con un enorme *poncho* y que manejan hábilmente la *pusca* o rueca de hilar. En el kilómetro 113 se pasa el puente de SUMBAY que es el más alto de todo el trayecto, y poco después se presentan dos de los lugares más interesantes y bellos de los Andes: la región de *Lagunillas* a 4352 metros de altura, compuesta de una serie de pequeñas lagunas, de agua azul profundo, que parecen escondidas entre las lomas y que van descubriéndose a medida que el tren continúa el ascenso. Vuela sobre ellas un ave semejante a una garza, de color rosado amarillo fuerte; tienen a sus orillas primorosas casas pajizas cubiertas de nieve

por las frecuentes tormentas de esa región. El reflejo de la nieve y el azul de las aguas presenta un paisaje plateado, de belleza singular y hace de las puestas de sol una visión fantástica de aquellas alturas de nuestra cordillera. En el kilómetro 570 se halla *Crucero-alto*, donde el Ferrocarril corona la mayor altura: 4470 metros sobre el nivel del mar y que es uno de los más elevados puntos dominados por la locomotora. A un lado y a otro se extienden las rugosas faldas de los Andes y en la cúspide se alcanza a divisar una Cruz y una pequeña Capilla que dominan la extensión, y que son como un símbolo de la Cristiandad, de la civilización de América y del progreso, que han clavado en lo más alto de sus rocas el signo vencedor.

De este punto en adelante el ferrocarril comienza a descender; en Juliaca se desprende un ramal que va a Puno, puerto peruano a orillas del Lago Titicaca, a 3822 metros de altura; en La Raya vuelve a subir a 4313 metros para bajar de nuevo a 3355 metros, que es la altura del Cuzco.



La Vicuña.

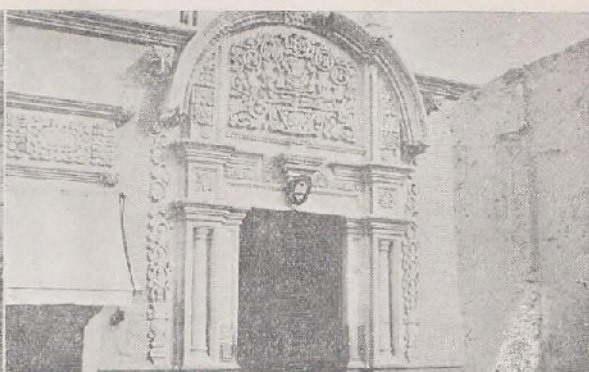


Arriba: grupo de alpacas Abajo: grupo de llamas; al fondo el volcán del Misti.

Kodak N. G. S.



Relieve en piedra del Apóstol Santiago en la puerta lateral de *La Compañía*.



Interesante portada labrada en piedra de una antigua casa de Arequipa. (Kodak N. G. S.)

Los famosos portones españoles con grandes clavos, adornos y magníficos juegos de golpeadores de metal formando símbolos religiosos o fechas de construcción.—Portadas y leyendas; escudos y grabados que, iluminados por esa luz resplandeciente de Arequipa, brillan como joyas antiguas en un cofre moderno y que constituyen reliquias históricas de valor inapreciable y de perenne inspiración.

El observatorio astronómico es uno de los más importantes del mundo: Mr. Urish A. Boyden dejó un legado de 306.000 soles para la fundación de un establecimiento de esta clase en uno de los sitios más altos y de mejores condiciones atmosféricas en América.—Harvard College, Mass. U.S.A. realizó en 1877 una expedición por Norte y Sur América hasta que halló en Arequipa las mejores condiciones para los fines propuestos.

Hoy funciona en magníficos edificios bajo la dirección de técnicos americanos y sus resultados son excepcionales en astronomía estrellaria.

La sociedad, la cultura, la inteligencia de Arequipa tuvimos el privilegio de apreciarlas en las diversas recepciones y actos organizados en honor de los excursionistas por el Gobierno del Departamento; el Concejo Municipal; la Universidad de San Agustín; el «Club de Tiro al Blanco», el «Club Arequipa» y el caballeroso Alcalde don Miguel Forga.—Arequipa ha sido una ciudad intelectual, cuna de Melgar y de otros poetas y escritores, precursores unos y desarrollados otros de la época del Romanticismo; ha dado a la República notables hombres de Estado y militares, y su periodismo es de los mejores del Perú.—El sacerdote doctor Juan C. Guevara dirige *El Deber*, fundado en 1890 y que defiende de modo brillante y valeroso la causa católica; es una empresa modelo por su organización y propósitos; es el diario de mayor circulación en todo el sur del país y constituye un alto exponente de la cultura y del catolicismo práctico del Perú.

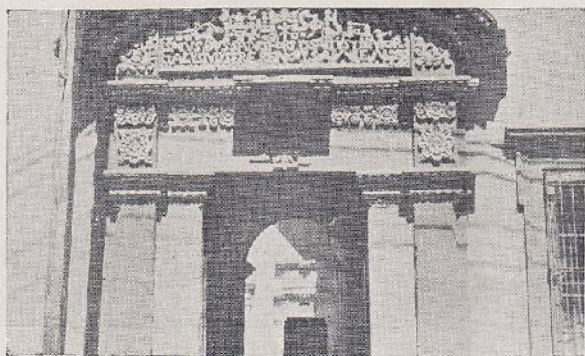
Las casas particulares de Arequipa guardan, casi como en Lima, obras de arte y recuerdos históricos de gran valor.—El Alcalde señor Forga ha atesorado en su regia mansión una rica colección de joyas artísticas europeas y americanas;

es un pequeño Museo que revela la cultura adquirida en largos viajes por el Viejo Mundo.

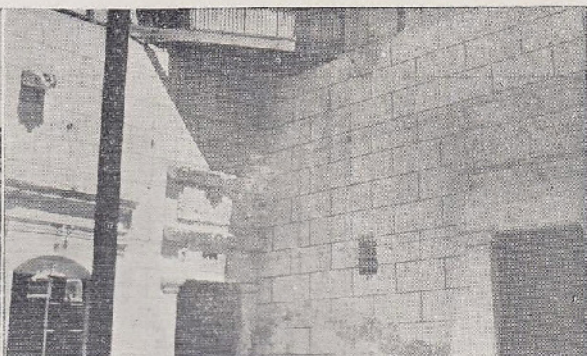
En la sesión solemne verificada en el Concejo Municipal alcanzamos a divisar, guardados en un armario de cristales, los colores de nuestra patria; es una bandera colombiana, nos informaron; la bandera del «Batallón Vargas» que peleó en Ayacucho y que fue donada a la Municipalidad por doña Rafaela Cerzera de Morán, viuda del prócer Trinidad Morán.—Este valiente oficial fue nacido en Tocuyo, Venezuela; hizo las campañas libertadoras de su patria y bajó al sur con el citado Batallón; en Ayacucho fue ascendido a Coronel; fue luego General de la República y las agitaciones políticas lo llevaron a morir fusilado en la plaza de Arequipa el 3 de diciembre de 1854.—Alfredo Guinassi Morán ha publicado una importante biografía basada en las «Memorias» que dejó el prócer.—En su casa se guardaba la bandera del «Vargas», y donada con patriotismo e inteligencia por su viuda al Concejo de la ciudad, es hoy allí conservada con esmero y respeto.—Para los colombianos que llegamos hasta allí es altamente grato y satisfactorio ver los colores nacionales ajados por el paso de un siglo, que brillaron al sol de Ayacucho y que aún tienen rastros del polvo y de la humareda del combate definitivo de la suerte de América.

La contemplación y estudio de Arequipa deja la impresión singular de que ha sido profunda la huella marcada por el paso de la civilización incaica, del dominio español y de la vida republicana, y de que toda esa agitada existencia se ha traducido en un rico legado de genuina cultura americana.





Puerta principal de una casa situada en la calle de Santa Catalina primera.



Otra puerta de la misma casa, en donde se lee una curiosa inscripción. (Kodak N. G. S.)

sobre elegantes columnas se divisan extrañas alegorías como cabezas humanas o de animales en medio de complicados adornos.—En el centro dos bustos humanos salen de entre dos cuernos y sobre todo esto se destaca el apóstol Santiago a caballo, llevando levantada una espada; bajo los cascos del caballo aparecen varias personas, como símbolo de la herejía aplastada; la crin del animal se representa en complicado dibujo y el apóstol lleva el sombrero levantado hacia atrás con una pluma por adorno.

La religiosidad de aquella época hizo muy frecuente el colocar inscripciones místicas sobre las puertas de las casas, lo cual daba a los edificios, como dice don Ricardo Palma, un no sé qué de conventual.—De esa costumbre quedan muy pocos ejemplares; no recordamos haber visto en Lima letrero alguno de esa naturaleza, pero en Arequipa queda una de las casas más interesantes desde este punto de vista, y que es la marcada con el número 101, en la esquina de la calle de Santa Catalina primera.—La puerta principal es toda de piedra; en el labrado del arco se distinguen algunas cifras religiosas y las insignias de la Santa Pasión, y debajo grabadas también en piedra estas palabras:

J. H. S.
SANTVS DEVS SANTVS FORTIS SANTVS YNMOR
TALYS MYSERERE NOVYS AWEN

Las dos puertas del patio principal tienen también sus inscripciones en piedra; la que queda a mano derecha, al entrar, tiene sobre la cornisa, en medio de flores magníficamente talladas, esta leyenda:

ALA + BADO
CEA EL SAN'I
SIMO SACRAMEN
TO DEL ALTAR

y en la puerta del frente al zaguán, esta otra inscripción en medio de dibujo semejante:

ESTA CASA
SE YSO EL AÑO
DE 1743 PORDYOS
LE PYDO AL Q B
YBYERE EN ELLA
VN PADRE NO. Y VN AVE

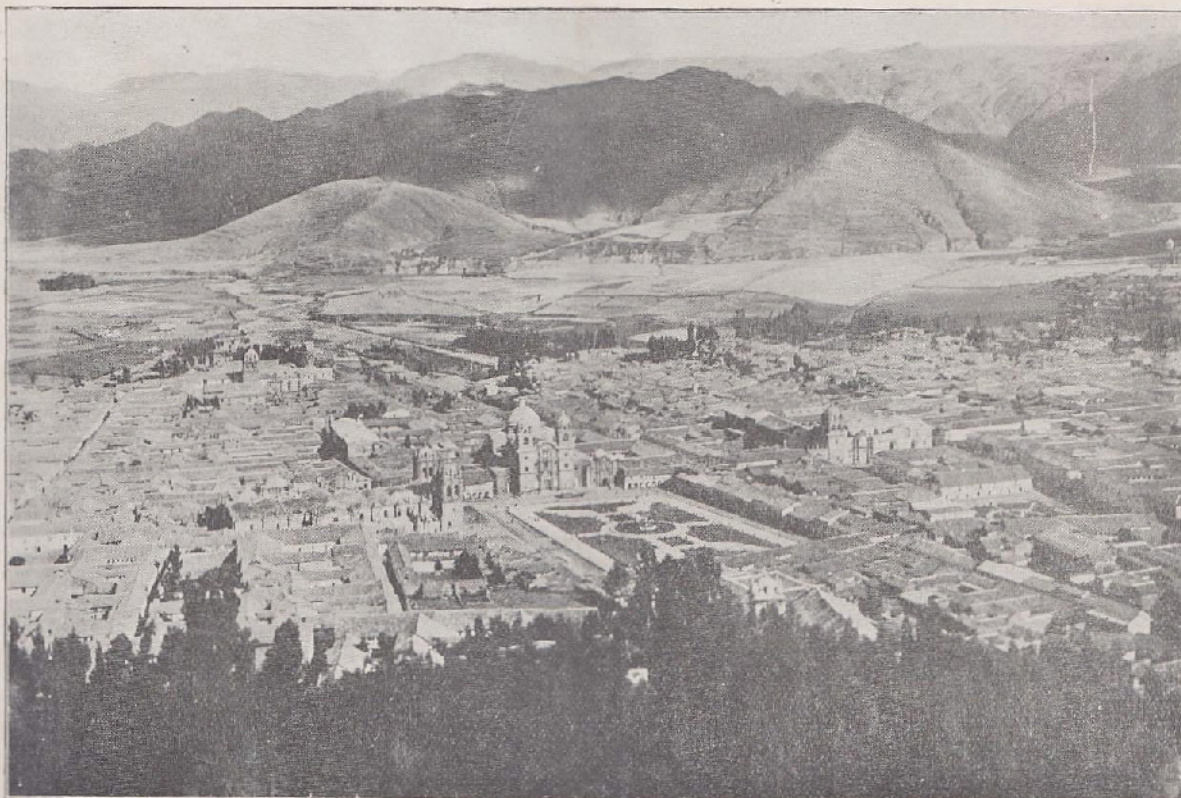
No menos interesante como trabajo en piedra es la portada y ventanas de la casa hoy ocupada por la firma comercial de Rickets; allí se descubren en medio de adornos diversos, caras de ángeles, cabezas de leones; símbolos religiosos y primorosas series de cenetas. También se admiran en Arequipa algunos escudos de armas labrados en piedra sobre las puertas de las casas antiguas, como el que existe en el número 135, segunda cuadra de la calle de Piérola, y no pocos de aque-



Observatorio astronómico de Arequipa, uno de los más notables de América.



En las calles de Arequipa.—Dos excursionistas y grupo de llamas. (Kodak N. G. S.)



Vista panorámica del Cuzco

a hollar el terreno sagrado, y deslumbrados ante la opulencia del Santuario, arrancaron del Templo del Sol las planchas de oro; quemaron multitud de indios, pisotearon sus ritos y entraron con Pizarro en 1533 por el barrio de CARMENCA, hoy Santa Ana, no lejos de donde ahora estamos; profanaron las vías sagradas que conducían al centro de la ciudad; llegaron hasta la plaza de HUACCAIPATA, dejaron sus corceles a la puerta y ocuparon los palacios y Santuarios ante la multitud estupefacta. Al Cuzco imperial y sagrado, grave y laborioso, siguió el Cuzco colonial donde tuvieron su cuna los Cabildos y Ayuntamientos del Perú, las sillas episcopales y virreinales, donde fue el centro del esplendoroso dominio español, escenarios de las luchas entre Pizarros y Almagros y de las posteriores insurrecciones de Tupac Amaru. Corrieron centenares de años y un día aparecieron por el camino de San Sebastián, que hoy recorre la línea de hierro, las huestes libertadoras de Bolívar y Sucre, que después de Ayacucho iban a «vengar las injurias inferidas a los antiguos hijos del Sol». «El 25 de Junio entró al Cuzco bajo suntuosos arcos triunfales, y a las aclamaciones de ¡VIVA BOLIVAR!, que lanzaba, entre lágrimas de alegría desde los balcones, el bello sexo, arrojando a las calles una lluvia de flores y de coronas de laurel, monedas de oro, palanganas de plata, piedras preciosas y aguas de exquisito olor al tiempo de pasar Su Excelencia». (1).

Aquellos fueron los días felices del Cuzco li-

bertado; se ofreció al Libertador entre alabanzas y cánticos patrióticos una riquísima corona cívica que él puso sobre las sienes de Sucre, quien luego la remitió al Congreso de Colombia. La historia refiere que «desde los tiempos de los Incas nunca había visto el Cuzco tanta opulencia, ni tan sincera y desbordante alegría».

Avanzamos lenta y respetuosamente a la ciudad que ha presenciado el paso de tantos siglos de historia; pasamos algunas calles tortuosas, empedradas y regadas por el caño de agua que baja por el centro; alcanzamos a ver a lo lejos el callejón de LORETO, cuyas puertas sagradas, que daban entrada al Templo del Sol, se hallan hoy tapadas con piedra profana; vamos admirando a lado y lado las residencias coloniales edificadas sobre muros incaicos, las torres y fachadas de los templos, y en breve llegamos a la plaza mayor. Esta plaza se llamaba de «HUACCAYPATA», (lugar de llanto y de lágrimas); tiene en el centro una famosa pila coronada por una pequeña estatua en piedra que simboliza a un indígena; al Este quedan la Iglesia Catedral y la del Triunfo; al Sur algunas casas y portales, la Iglesia de la Compañía y la Universidad; al Oeste y al Norte, casas particulares y diversas series de portales, de irregular colocación y del más clásico aspecto español.

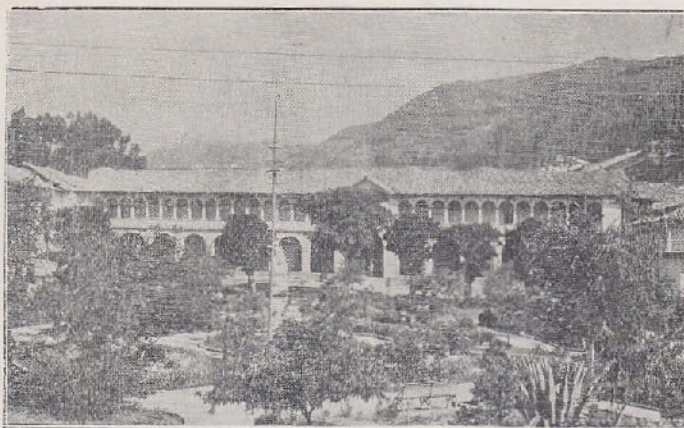
En esta misma plaza se congregaban los antiguos nobles a celebrar su adoración al Sol. «Allí esperaban que saliese el astro, dice el Inca clásico en sus *Comentarios*, y estaban todos descalzos y con grande atención mirando al Oriente, y en asomando el Sol se ponían todos en cuclillas,

(1)—Blanco y Azpurúa, Tomo X, pág. 17.

(que entre los indios es tanto como ponerse de rodillas) para le adorar, y con los brazos abiertos y las manos alzadas y puestas en derecho del rostro, dando besos al aire le adoraban con grandísimo afecto y reconocimiento por tenerle por su dios y padre natural».

Cuántas veces el suelo de esta plaza fue regado con sangre de Incas y de Libertadores; aquí se

consumó el sacrificio de Tupac Amaru y se vió luego poner el sol del dominio español. Pasamos luego a la cercana plaza de *Cusipata*, donde los *Curacas*, o indios que no eran de sangre real, vestidos con adornos de oro y plata, pieles de animales feroces y alas de cóndores, rendían su adoración y bebían en grandes vasos de oro la *Aquilla* que les ofrecía el Inca Rey. Esta plaza tiene en la actualidad una estatua, inaugurada en 1878, en mármol, del famoso Emperador y militar que ensanchó el Imperio con la victo-



Plaza de Cusipata en el Cuzco. Al frente el edificio del Cabildo; al centro la estatua del Inca Pachacutec.
Kodak N. G. S.

ria sobre los Chancas, Cusi Inca Pachacutec. El Cabildo se halla en la acera de enfrente y es todo de portales y de grandes balcones coloniales, y en una de las esquinas queda la casa donde nació Garcilazo de la Vega

G. Le Bon dice con acierto que los monumentos «guardan el pensamiento de los pueblos muertos». Cuántos siglos de historia descansan sobre cada pal-

mo de tierra dentro de los muros de estaurbe, donde como en un gran museo hay que ir poco a poco, porque cada rincón, cada piedra, cada casa, los sacerdotes y los indios, las costumbres y el idioma, todo agolpa sobre la imaginación el recuerdo de civilizaciones pasadas, de razas extinguidas, de épocas que dejaron su sello único e inconfundible en este rincón de las Américas cuya contemplación inspira a cada paso la frase santa de los Incas: *Ccoscco, Ccoscco, Sumacc Llaccta!* Cuzco, Cuzco, ciudad hermosa!



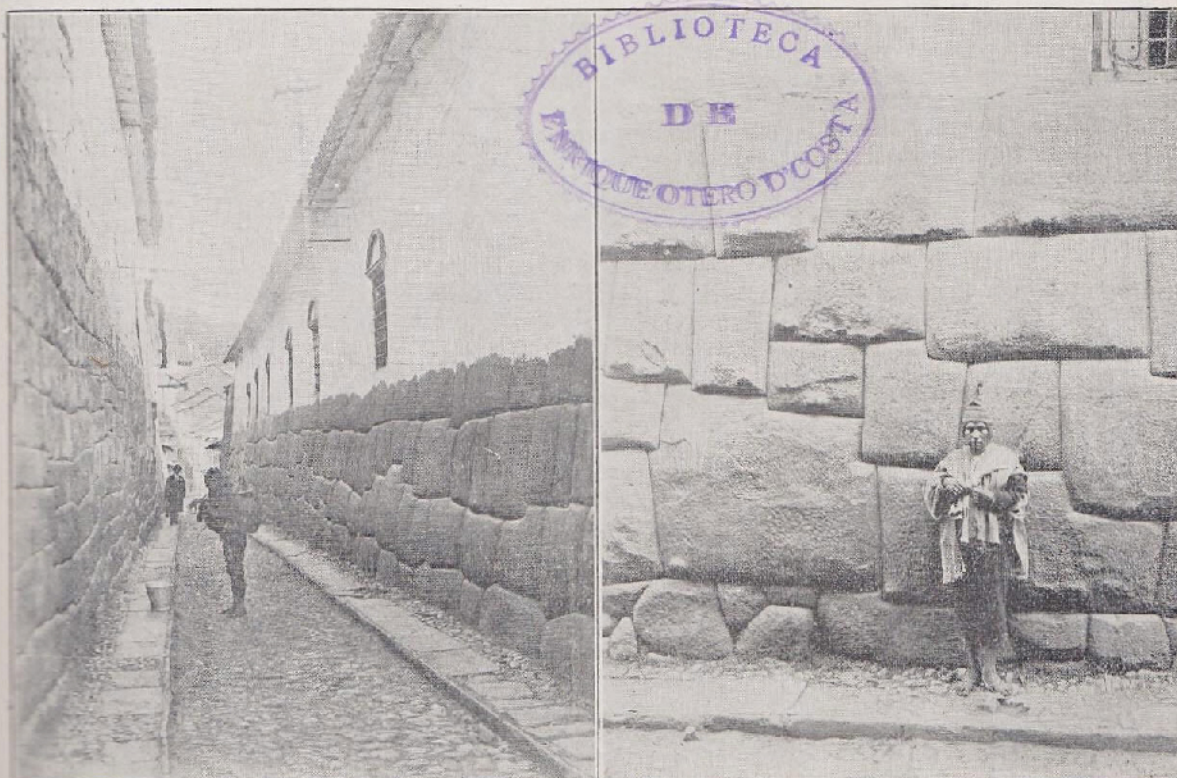


En el Cuzco -- Fortalezas Incaicas

La *Casa del Almirante* fue el edificio destinado en el Cuzco para residencia de las delegaciones del Congreso Científico. Es una regia mansión colonial situada a una cuadra de la plaza de Huacapistata: una espléndida portada en la cual se admiran asombrosos trabajos en piedra labrada, escudos heráldicos y símbolos religiosos y guerreros, dá entrada a un enorme zaguán artesonado, el cual conduce a su vez al patio y claustro principales de la casa formados de portales. En el descanso de la amplia escalera se contempla la figura de un león tallado en piedra, y en el claustro alto, como también en varias de las espaciosas habitaciones, se encuentran artesonados moriscos y algunos muebles y joyas antiguas de verdadero valor.

Este edificio perteneció a la familia de los Enríquez, Almirantes de Castilla, emparentados con nobleza española e indígena y ha sido objeto de

una de las más conocidas leyendas históricas del Cuzco: en el patio existía una fuente de donde se proveía de agua el vecindario, y una mañana el bravo Almirante ordenó que fuese apaleada la primera persona que entrase a usar de la fuente. Una anciana fue la víctima de tan cruel orden y su hijo lo fue de la cólera del Almirante por haberse atrevido a protestar contra tal procedimiento. Poco tiempo después amaneció el cadáver del Almirante pendiente de uno de los balcones de la casa. «En el proceso que se siguió, refiere don Ricardo Palma, declararon dos mujeres de la vecindad que habían visto un grupo de hombres *cabezones* y *chiquirriticos*, vulgo duendes, preparando la horca; y que cuando ésta quedó alzada, llamaron por tres veces a la puerta de la casa, la que se abrió al tercer aldabonazo. Poco después el Almirante, vestido de gala, salió en medio de los duendes, que sin más ceremonia lo suspendieron como un racimo. Con tales declaraciones la justicia se quedó a oscuras



EN EL CENTRO DE LA CIUDAD—Antiguos muros Incaicos sobre los cuales levantaron los españoles sus edificios. Nótese en la fotografía de la derecha la piedra de 12 ángulos.



Ruinas de la antigua fortaleza Incaica de Sacsayhuamán. Como se ve en la fotografía, las piedras sobrepasan el tamaño de un hombre a caballo.

y no pudiendo proceder contra los duendes, pensó que era cuerdo el sobreseimiento». (1).

La histórica casa del Almirante, en cuyos amplios corredores parecen aún vagar las sombras de sus primitivos poseedores, es hoy habitada por la familia Latorre, una de las más notables del Perú. Don Pio Latorre y su señora esposa rindieron a los excursionistas las más obligantes e inolvidables atenciones.

La historia del Cuzco ha sido dividida en dos épocas por los arqueólogos e historiadores: la primera comprende los once siglos iniciales de la era cristiana, hasta la fundación del Imperio de Manco, durante la cual se principió el desarrollo de la ciudad, cuya fecha precisa de fundación se desconoce, y gobernaron los Emperadores de la relación del cronista Montecinos. La segunda época es la comprendida entre el Gobierno de Manco I, o sea el Imperio del Tahuantinsuyo, hasta el Emperador Viracocha que gobernó tres siglos después, y desde cuyos días tiene ya la historia algunos elementos positivos para estudiar el origen del Cuzco. Destruído el antiguo Imperio, se retiraron sus habitantes a comarcas lejanas y fundaron la ciudad de Machupicchu, cuyas ruinas han sido estudiadas por la comisión científica de la Universidad de Yale, U. S. A., presidida por el Profesor Mr. Hiram Bingham en 1912. De tan largo y antiguo período, llamado con razón prehistórico, quedaron las ruinas de Sacsayhuaman,

Coolccampata y otras, de las cuales unas rodean la ciudad y otras se hallan en el centro mismo de ella. «El Cuzco de los Incas, dice el historiador Cosío, fue un Cuzco renovado, restaurado, pulido y urbanizado. Sus plazas llenas de palacios en que el oro resplandecía haciendo contraste con la adustez y severa majestad de la piedra aspeada y fuerte: su gran templo que todo era un frenesí y una locura de fausto, de riquezas y de primor en el arreglo y ornamentación y donde el Sol tenía aposentos para el día y la noche, ribeteados con planchas de oro y encajes del mismo metal, deslumbrantes riquezas que podrían creerse inventadas si los conquistadores y testigos presenciales no lo hubiesen declarado así bajo juramento». (1).

Vinieron después los Conquistadores encabezados por Pizarro y sobre las ruinas del imperio fundaron la Colonia española y la ciudad en cuyos monumentos se pueden contemplar hoy los restos de dos civilizaciones superpuestas, constituyendo así el Cuzco un lugar único en el mundo. La antigua ciudad estaba dividida en dos partes principales: el Hanán-Cuzco, o Cuzco alto, y el Hurín-Cuzco, o Cuzco bajo. Dentro de ella se encontraban catorce barrios, de los cuales los principales eran el de Colcampata, donde se hallaba la residencia de Manco Capac y cuyas ruinas se pueden admirar ahora; el Cantupata, célebre por las bellas clavellinas cultivadas allí para las fiestas reales; el Rimac-pampa donde se daban a conocer al pueblo las órde-

(1). R. Palma—Tradiciones peruanas.—Tomo I.—Pag. 158. Edición 1924.

(1) El Cuzco prehistórico y colonial, por J. Gabriel Cosío. Pag. 11

nes y los actos oficiales emanados de los Emperadores; el Yachai-huasi, donde los Amautas y los Quipucamayos, que eran los sabios o poetas del Imperio, enseñaban al pueblo las ciencias y educaban a los hijos de los nobles; el Anti-pampa, donde los sacerdotes recibían las ofrendas de la plebe que no osaba penetrar hasta el Santuario, y el Cori-cancha en cuyo centro se hallaba el Inti-huasi, o Templo del Sol, el más opulento de los adoratorios americanos y centro religioso del Imperio de Tahuantín-suyo. En el resto de la ciudad se hallaban las casas de los nobles, de los Caciques, de las Virgenes y de los soldados. Algunos de los nombres antiguos de los barrios y de las calles se conservan todavía y se pueden contemplar hoy casas y almacenes y aun tiendas de última categoría, cuyos muros están contruidos sobre piedras incaicas. Donde hoy está la Catedral se hallaba el Palacio de Viracocha, según la relación del cronista Pedro Sancho, citado por Cosío; en el actual sitio de la Universidad, enseguida de la Iglesia de la Compañía, estaba el palacio del Inca Yupanqui; donde tuvo sus casas Francisco Pizarro fue sitio del Palacio de Pachacutec, y el Convento e Iglesia de Santo Domingo se edificó sobre las ruinas del Templo del Sol, al cual nos referiremos en capítulo especial. «El Cuzco era—dice el historiador Cosío—una ciudad sagrada y una ciudad fuerte, en la que reinaba, sobre todo, la gravedad silenciosa y la magestuosa imponencia de sus fríos sillares, en una austera meditación de arcano y de misterio. ¡Ciudad triste y contemplativa que no supo reír ni gozar, sino consumirse en un rito abrumador de obediencia y trabajo, pero ciudad dulce y apacible que, como una tierna melopea, desenvolvía su cotidiano vivir entre las suntuosidades ofuscadoras de sus fiestas y la remisa propiciación de las Acllas, esas místicas gacelas del sagrado rebaño del Sol y del Inca!»

La fortaleza de Sacsayhuaman fue, según el profesor americano Mr. Bingham, «la obra más grandiosa del hombre antiguo en América» (1).

Fue construída en la escarpada colina de San Cristóbal que domina la ciudad; estaba compuesta de tres grandes puertas principales cuyos nombres eran Tiu-puncu, Acahuana-puncu y Viracocha-puncu, y de tres grandes torreones denominados Moyac-marca, Paucar-marca y Sacllamarca, de los cuales el primero tenía en su interior una fuente de agua y los otros dos eran cuadrados y tenían aposentos para soldados, elementos de guerra, víveres y habitaciones del Inca Rey y de los nobles del imperio. Toda la fortaleza podía contener diez mil hombres, según el cronista Pedro Pizarro, pues tenía además bóvedas subterráneas comunicadas con otros lugares de defensa. Hoy pueden admirarse estas ruinas subiendo la pintoresca colina de San Cristóbal, desde donde se dominan la ciudad y el valle, y contemplar allí las famosas canterías de piedra pulida y los pasmosos sistemas de construcción que alcanzaron a poseer los Incas y las tribus que habitaron anteriormente aquellos lugares. Las murallas están formadas de piedras de enormes dimensiones, algunas superiores al tamaño de un hombre de regular corpulencia: son todas de desigual ensambladura y presentan, como dice el arqueólogo Uriel García, «un bello desorden en sus ángulos» (1). Aquel pueblo no poseyó elementos, maquinarias ni mezclas para levantar sus edificios de eterna duración que hacen pensar en la existencia del hombre gigante que desapareció con los procedimientos que usó para dejar obras pasmosas a la humanidad.

Antes de llegar a Sacsayhuaman se admiran a la derecha del camino las ruinas de Ccolcampata que algunos autores consideran como parte de aquella fortaleza, y que fueron la residencia de Manco Capac. Los muros existentes tienen varios nichos o ventanas que daban sobre plazuelas donde el pueblo se congregaba para celebrar sus fiestas religiosas y agrícolas. Más tarde esas murallas fueron puntos estratégicos de defensa contra los invasores españoles, y desde ellas dirigieron las sangrientas batallas contra los sol-

(1) H. Bingham.—«The Wonderland of Perú».

(1) Uriel García.—«La ciudad de los Incas».



ALREDEDORES DEL CUZCO.—El trono del Inca; el pobre indio que en él aparece sentado, desconoce seguramente el esplendor de sus atepasados.—El Rodadero, cerca de la fortaleza de Sacsayhuaman.—Los excursionistas en el Rodadero. (En primer término la señorita Ester Lozano y Lozano, hija de nuestro Ministro en el Perú).

dados de Pizarro que prendían fuego en muchas partes de la ciudad y destruían los santuarios aprovechando la piedra para sus nuevas construcciones.

Cerca de Sacsayhuaman se encuentran también dos de los más interesantes y curiosos lugares de estas ruinas: el *Rodadero* y el *Trono del Inca*. El primero es un amplio declive de piedra, adherido a la roca y alisado por el paso del tiempo, que hoy sirve de diversión a los visitantes que se dejan resbalar hasta el suelo. El Trono del Inca es una explanada construida también sobre la roca, en forma de escalera a ambos lados, y que tiene en el centro un asienlo principal desde donde, según las tradiciones, los Incas presidían las solemnidades públicas. Allí suelen sentarse los actuales indígenas desendientes del famoso imperio vencido a contemplar el triste y desolado paisaje de las ruinas y a evocar la grandeza de sus antepasados.

Dentro de la ciudad, como queda dicho, se encuentran a cada paso edificaciones relativamente nuevas que tienen por base las antiguas construcciones incaicas, cuyo estilo peculiar e inconfundible fue el más acentuado de los caracteres de esa raza. Todas son piedras de un

color como gris y rosado oscuro, almohadilladas y lisas, de diversos tamaños y caprichosas formas; algunas tienen más de cuatro ángulos, y es de admirar principalmente el muro del antiguo palacio de Pachacutec donde se ve una piedra de doce ángulos. Garcilazo dice que esas enormes piedras debieron ser conducidas no por hombres sino por demonios.

El trabajo en piedra fue algo esencial de aquel pueblo, pues la palabra Cuzco, según la más acertada de las etimologías estudiadas, viene del verbo quechua *Kusqui*, que significa edificar en la piedra o sobre la piedra.

Recorriendo las callejuelas estrechas del Cuzco se advierte cuánto acierto tuvo el mismo historiador en comparar esta ciudad con la antigua Roma, pues guardan sorprendentes analogías, como anota el cronista Zárate: tuvo en Sacsayhuaman su Coliseo; en Coricancha su Capitolio; fue Manco Capac su Rómulo, Viracocha su Augusto; Pachacutec su Marco Aurelio; Tupac Amaru su Belisario, Huayna Capac su César. El Cuzco es la cuna de nuestra civilización; es lugar buscado por la ciencia y por el patriotismo y constituye la Meca del mundo americano.





Las ruinas de Ollantaytambo

La excursión de Ollantaytambo es no sólo de grande interés por la visita y estudio de estas ruinas incaicas, sino también por la contemplación de la bella y fértil región que atraviesa el ferrocarril que, saliendo del Cuzco, recorre el valle y las orillas del río Urubamba, hasta terminar en la población a cuyo lado se encuentran aquellas riquezas arqueológicas. Para ganar la cumbre el tren va bordeando la cordillera y presentando por diversas partes el panorama del Cuzco, que tantos capítulos de historia evoca a cada paso; poco después se admiran bellísimas haciendas, casas coloniales de campo y puentes en cuyas barandas aún existen cruces de piedra ya carcomida por los siglos, y a uno y otro lado los pintorescos rebaños de ovejas, de llamas y vicuñas pastoreadas por indios que visten trajes de encendidos colores. Se pasa por pequeñas poblaciones agrícolas, como la de Zurite, llamada así probablemente por el ave del

mismo nombre, semejante a la garza, que habita esa región y que se encuentra como algo simbólico en los antiguos dibujos de los incas. Se alcanzan a divisar el pueblo y el río de Huarconcho, sobre el cual vuelan bandadas enormes de gaviotas, y a cuyo lado se ven, en una prominencia de la cordillera, como escondidas y cubiertas por salvaje vegetación, las ruinas incaicas y el adoratorio de *Huatta*.

Después de subir a 3.900 metros de altura en El Arco, (kilómetro 60), la línea de hierro inicia el descenso encajonándose entre rocas enormes hasta encontrar las orillas del río Urubamba, el cual, después de regar una de las más ricas y hermosas regiones del Perú, se confunde con el río Tambo y va a desembocar en el Amazonas con el nombre de Ucayale.

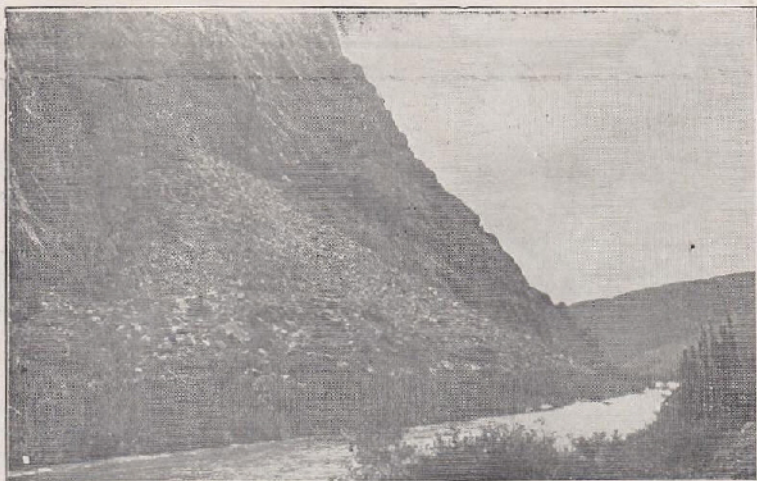
El *Quishuar* (buddleia incana), es un bello arbusto que predomina en aquella región y que en medio de la hirsuta naturaleza pone la nota gris-plata de sus hojas brillantes como las de



Ruinas de la famosa fortaleza incaica de Ollantaytambo, cerca al Cuzco.

un álamo. Era el árbol sagrado de los incas, de cuya madera fabricaban no sólo blasones, dardos, flechas y otras armas, sino también los ídolos que destinaban a ser quemados como ofrendas al Sol en las plazas del Cuzco durante las fiestas del *Raimi*, a las cuales llegaban después de prolongados ayunos, formados en grupos que iban danzando al compás de sus músicas sagradas. Alegra y abunda también en las márgenes del Urubamba la pequeña y encendida rosa *ñucchu* (salvia biflora), que se encuentra dibujada en los vasos incaicos y que tenían los indios consagrada al dios CON, su abogado en los terremotos, de donde viene la costumbre todavía practicada de arrojar esta rosa en las procesiones anuales en el Cuzco y adornar con ella la imagen del *Señor de los Temblores*, que se venera en la Catedral y que fue donada por el Emperador y Rey don Carlos V.

Por leguas se prolongan a los lados del río los *andenes incaicos*, construidos en la cordillera para sembraderos de los antiguos indios, que en el cultivo de la tierra y repartición de sus riquezas demostraron grandes energías para el trabajo y se rigieron por justas y caritativas disposiciones. Formaban una larga escalera cuyos peldaños sostenían con muros de cantería muy fuerte hasta llegar a la cumbre de los cerros, aprovechados así de modo completo para la agricultura. Garcilazo de la Vega refiere en sus *Comentarios Reales*, varias veces citados, que «donde había peñascales quitaban la tierra y llevaban tierra de otra parte para hacer andenes y aprovechar aquel sitio porque no se perdiese. Los andenes primeros eran grandes conforme a la disposición del sitio, anchos y largos de ciento y de doscientas y trescientas más y



Márgenes del río Urubamba

(Kodak N. G. S.)

menos fanegas de sembradura, y los segundos eran menores; y así iban disminuyéndose como iban subiendo hasta los postreros, que venían a ser de dos y tres hiladas de maíz». Con aquellos andenes cortados sobre la roca se levantó a sí mismo el pueblo incaico el más singular y duradero monumento destinado a evocar y a consagrar al pasmo de los tiempos los esfuerzos inauditos de los primitivos habitantes de América que pudieron ascender y arrancar a la tierra sus frutos y riquezas, aun hasta en aquellas alturas inaccesibles de los Andes.

Un kilómetro antes de llegar a las ruinas se encuentra un puente sobre el Urubamba, cuyas bases son de construcción incaica y en la montaña que se levanta a la izquierda del río se alcanza a divisar la cantera de *Cachi-ccata*, de donde los indios extraían las grandes piedras para sus construcciones. En la vía se van encontrando muchas piedras, algunas comenzadas a labrar, que no alcanzaron a llevar hasta el sitio de la obra y que han sido llamadas por los cronistas *piedras cansadas*. También presenta aquel sitio vestigios de antiguas residencias que probablemente correspondían a los indios que trabajaban la cantera, y más adelante, sobre la margen derecha del río, se hallan las principales ruinas.

El famoso curaca Ollantay era Jefe de los ejércitos bajo el reinado del Inca Pachacutec, y tenía su residencia y defensa inexpugnable en estos lugares; su vida romántica ha sido tema de tradiciones y en especial del conocido drama *Ollantay*, atribuido a la pluma de los Ainautas o poetas de aquella época y sobre el cual se han ocupado detenidamente casi todos los autores de historia de los Incas.



Otro aspecto de las ruinas de Ollantaytambo

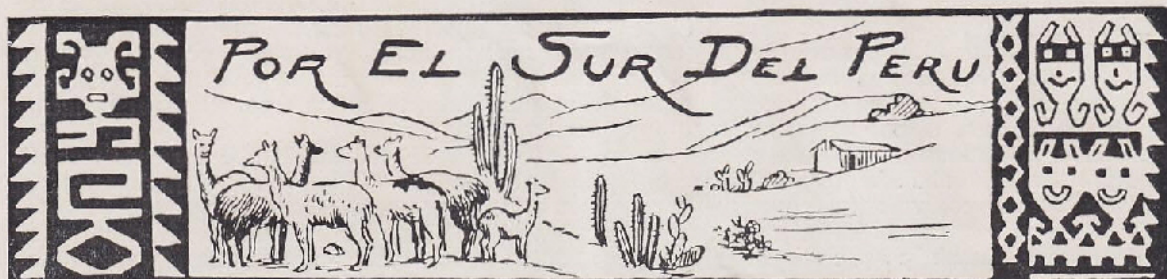
(Kodak N. G. S.)

Estas ruinas corresponden a antiguas fortalezas militares y por su aspecto se ha considerado que pertenecen unas al período megalítico y otras al incaico. Las primeras se distinguen por las enormes dimensiones de las piedras y por estar separadas entre sí por largas y muy angostas cuñas, notándose entre ellas varias protuberancias para poderlas levantar, según las conjeturas de los arqueólogos. Las ruinas que se consideran como incaicas se asemejan en mucho a las de Sacsayhuaman, pero, como se ha observado con acierto, son de distribución y pulimento más perfectos, y tienen además nichos o pequeñas alacenas en forma de trapecios y puertas de igual estilo que dan entrada a estrechos interiores. Al pie de estas ruinas se encuentra el curioso *baño de la ñusta*, que es una pequeña alberca que se cree estuvo destinada al baño de las compañeras del Inca, y al frente, en un escarpado y altísimo cerro, se divisan los vestigios de otras construcciones que corresponden a residencias de las *ñustas* o vestales, y a la *Cárcel* o lugar donde recluían a los criminales que condenaban a ser arrojados a un cercano abismo. No lejos de allí se encuentra la si-

lenciosa población de Ollantaytambo, de estrechísimas y tortuosas calles, cuyos muros son de construcción incaica y donde apenas de vez en cuando se encuentra un indígena que revela todo el vencimiento de su raza por el aspecto entristecido de su faz.

Las ruinas de Ollantaytambo han sido consideradas como las más importantes de América, así por el aspecto arqueológico como por el histórico y por el legendario. Fueron en siglos muy remotos la fortaleza que defendía el valle sagrado contra las invasiones enemigas; hasta allí llegaron las caballerías españolas en persecución del bravo Manco, en 1536, cuando el Inca, ya perdida la esperanza de recobrar el Cuzco, se atrincheró en la vieja fortaleza para defender las glorias de su raza. Estos escombros fueron teatro de las escenas que inspiraron el drama *Ollantay*, en cuyas páginas dejaron los antiguos oradores del Yachai-huasi todo el romanticismo de su raza espiritual y valerosa; y sirven como de escenario a tanta belleza los paisajes del Urubamba y del Uilcapampa, llamados con acierto por el Profesor Bingham, «la verdadera Suiza de América».





El Templo del Sol

Ccori-cancha, región de oro, o *Inti-huasi*, casa del Sol, era el barrio sagrado de los Incas, situado al Sur de la ciudad del Cuzco entre los riachuelos Huatanay y Tullumayo, donde se levantaba el más famoso de los santuarios americanos consagrado, no sólo a la adoración de los astros y a la ofrenda de los sacrificios, sino que, a semejanza del Pantheon romano, era como el símbolo del poder y de la victoria donde se depositaban los trofeos y se recibían los tributos rendidos por las tribus vencidas.

Sobre las ruinas del Templo del Sol levantó España el Convento y la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán y enseñó a los indígenas el verdadero culto, verificándose así la conjunción de los supremos elementos materiales y espirituales de dos razas. Pasados los siglos, un día, después de la batalla de Ayacucho, se formaron las columnas del Ejército libertador en la colina que rodeaba el templo y que los Incas llamaban los *Jardines del Sol*, y allí presentaron las armas y reafirmaron su fe y su amor a la República. Aquellos sitios son pues, el verdadero templo de América a donde debemos ir a rendir el tributo de patriotismo que a todos corresponde.

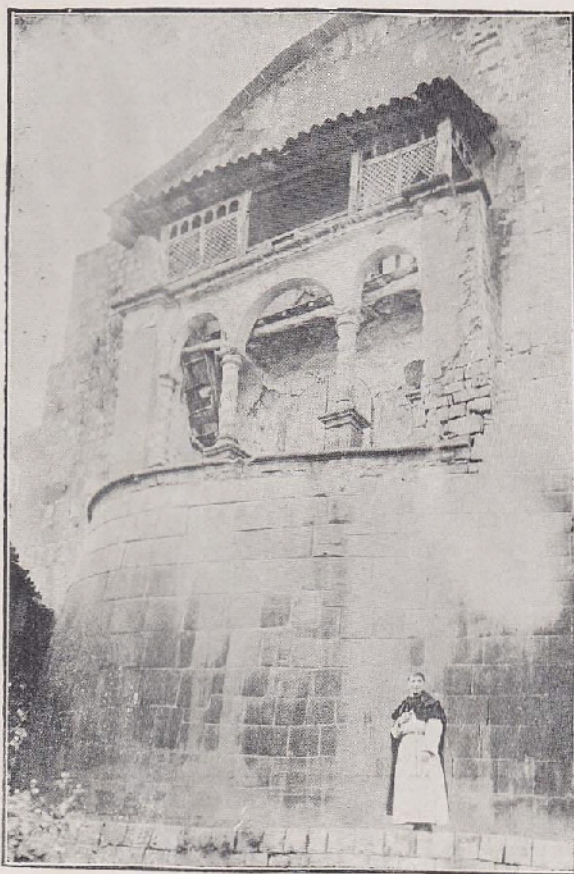
Cuatro calles principales conducían del centro de la ciudad a *Ccori-cancha*, y de ellas la principal era el estrecho y oscuro *Callejón de Loreto*, de altos e inclinados muros que hoy pueden admirarse. Esta calle iba directamente a la puerta del Templo y por ella pasaban los indígenas descalzos a rendir su adoración y a presentar sus sacrificios al Sol. En estos muros se ven ahora algunas puertas tapadas con piedra común y que probablemente conducían a otros lugares

del santuario. Dentro de un gran circuito amurallado se hallaban los altares dedicados al sol, la luna, las estrellas, el rayo, el trueno, el relámpago y el arco iris.

El primero, llamado *Inti-huasi*, se hallaba dentro de cuatro paredes forradas con planchas de oro y cubiertas con paja; en el centro, donde hoy está el santuario de la iglesia de Santo Domingo, estaba colocada la figura del Sol, de oro macizo, y como la describe Garcilazo, «hecha con su rostro en redondo y con sus rayos y llamas de fuego, todo de una pieza sin más ni menos que la pintan los pintores, y era tan grande que tomaba todo el testero del templo, de pared a pared».

Otros historiadores describen aquella figura «con rostro humano circundado de rayos, profusamente engastada de esmeraldas y piedras preciosas» y estaba colocada de tal modo que todas las mañanas recibía la luz del verdadero astro para iluminar el santuario. A su lado se veían los cadáveres embalsamados de los Incas, colocados según su antigüedad. «Estaban asentados en sus sillas de oro puestas sobre los tableros de oro en que solían asentarse, como refiere el mismo Garcilazo. Tenían los rostros hacia el pueblo, sólo Huayna Capac se aventajaba a los demás, que estaba puesto delante de la figura del Sol, vuelto el rostro hacia él, como hijo más querido y amado».

Cerca de este templo se hallaba el de la luna, figurada en el rostro de una mujer, semejante en su construcción a aquél, pero de plata, y cubierto de planchas de este metal. A su lado se hallaban las momias de las reinas, esposas de los Incas, y ocupaba el principal puesto Mama Ocllo, madre de Huayna Capac.



Parte posterior de la iglesia de Santo Domingo, edificada sobre las ruinas del antiguo Templo del Sol

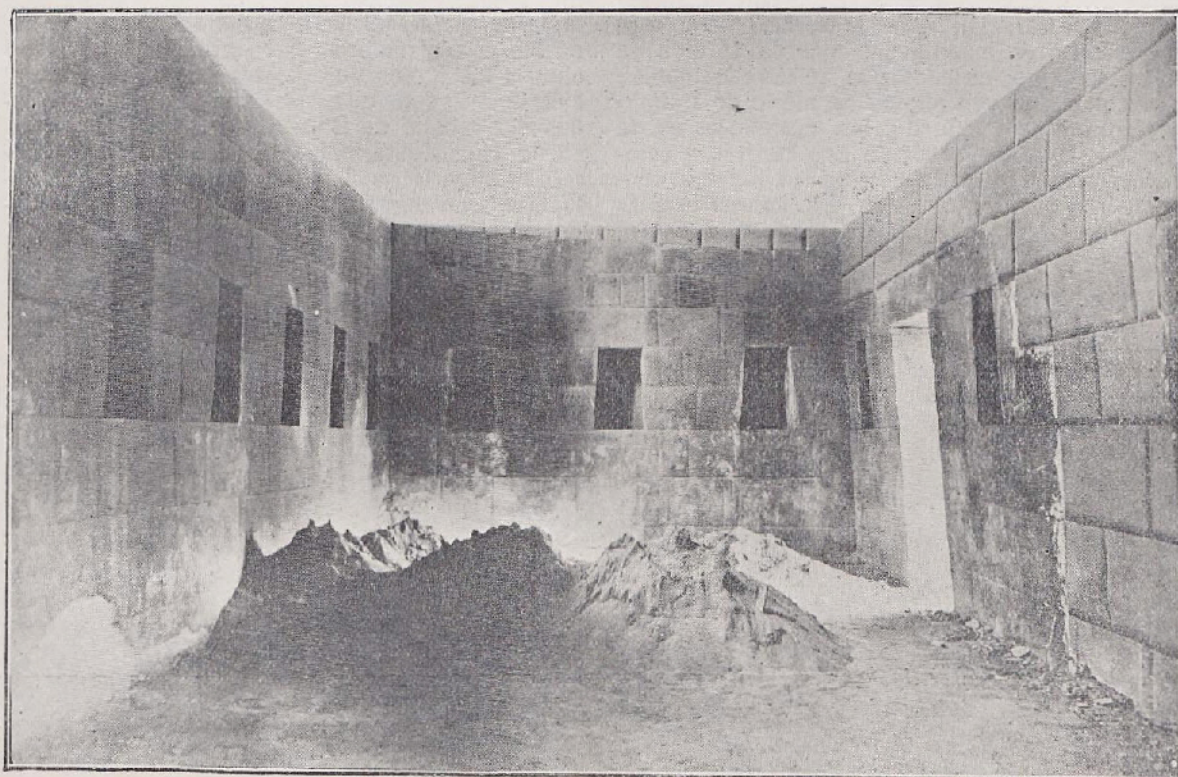
A un lado se hallaba el templo de las Estrellas, también de plata; en el centro adoraban al lucero Venus y a las siete cabrillas consideradas como pajes del sol y de la luna. Otro altar tenían consagrado al relámpago, al trueno y al rayo, a los cuales denominaban *Illapa*, y cerca estaba el consagrado al arco iris, llamado *Chuychu*, también de oro. A los lados se encontraban los aposentos de los sacerdotes y en la colina que rodeaba el templo estaban los *Jardines del Sol*, donde cultivaban ricos vegetales y bellas flores, y alimentaban aves de vistoso plumaje, vicuñas, llamas y ovejas que destinaban al fuego en los sacrificios al Sol, colocándolos en los nichos con flores, alimentos y ropas, todo lo cual quemaban de rodillas lanzando besos al aire mientras cantaban himnos de adoración.



Iglesia de Santo Domingo, en el Cuzco, edificado sobre los escombros del Templo del Sol

Toda la magnificencia de aquel templo fue saqueada y despedazada por los conquistadores el día que se apoderaron del Cuzco. A Manco Sierra de Leguizamo, «guapo soldado con todos los vicios y virtudes de su época», como lo describe Palma, le correspondió en el reparto la enorme figura del Sol. «Tal era el desenfreno de la soldadesca, agrega don Ricardo, que aquella misma noche jugó y perdió golpe de dados la valiosísima alhaja». (1) A don Juan Pizarro, hermano del famoso don Francisco, le correspondió el terreno y los edificios de Ccori-cancha, pero en vez de destinarlos para su habitación, los donó en 1534 a Fray Juan Olías, quien sobre los escombros del arte y de la idolatría indígena levantó el convento y la

(1) R. Palma. «Tradiciones» Peruanas. Tomo II. Pag. 40. Ed 1924.



Ruinas del Templo de la Luna, Cuzco, Perú.

Iglesia de Santo Domingo, primera de su orden fundado en el Perú y llamado por los Reyes de España «Convento Real» por haber allí sepultado los Incas ya cristianos y haber fundado varias capellanías por las almas de los mismos Incas.

La fachada del templo es sencilla; el campanario tiene adornos de arte churrigueresco y la cúpula está circundada por elegantes almenas. Tres amplias naves forman el cuerpo de la iglesia y a espaldas del Santuario se halla la muralla exterior del antiguo templo. En los altares y en la sacristía se admiran artísticas obras religiosas; el cuadro de la Verónica se atribuye al pincel de Zurbarán; las ricas imágenes de Nuestra Señora del Rosario son de especial mérito, pues simbolizan la antigua devoción del Cuzco a la *Española*, la *Ñusta* y la *Parda* que correspondían a las tres categorías sociales de la época. En la capilla que queda a la derecha del altar mayor se halla un curioso y antiguo cuadro que representa el encuentro y captura de Atahualpa en Cajamarca. Allí se destacan las figuras de tres dominicanos que luego fueron Obispos del Cuzco; el Inca aparece llevado por sus soldados en litera de oro y adornado con preciosas plumas. El cuadro no es valioso como obra de arte y en punto histórico tiene varios anacronismos, pero es sin duda de mérito y curiosidad. En los sótanos y en las naves del templo se hallan las tumbas de varios Incas y conquistadores, entre ellas las de Juan de Pizarro y las de varios miembros de la familia de Tupac Amaru.

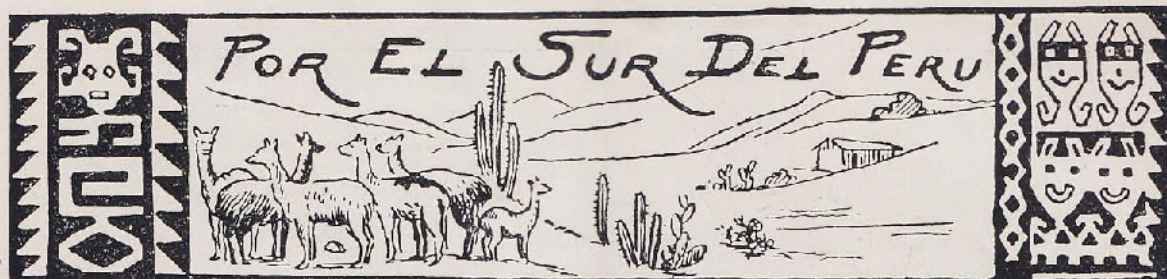
Los claustros del convento son de armoniosa arquería; sobre cada arco se halla tallado un escudo del Rosario; al rededor de la planta baja se encuentra en magníficos cuadros la vida de Santo Domingo; en cada una de las esquinas de ambos pisos se ven altares de meritorio trabajo en piedra y el techo de los corredores es de preciosa labor en madera. Los cuartos y salones del convento están hoy en los lugares consagrados a la adoración de los astros: la Sala Capitular era el templo de la luna, que está

adornado apenas con un cuadro de Santo Tomás y un enorme sofá colonial; al rededor del muro están los catorce nichos, aun oscurecidos por el humo de los sacrificios. El cuarto de las Estrellas es el que se conserva en mejor estado; el descanso de la escalera es de muros incaicos con tres enormes nichos en forma de trapezio y muchas de las celdas son semejantes, pero tienen el techo de madera magníficamente tallada en cuadros donde aparecen alternados cabezas de ángeles y escudos del Rosario.

Al día siguiente de la entrada triunfal de Bolívar y de Sucre al Cuzco, verificada el 25 de junio de 1825, las tropas se formaron en la colina que antes ocupaban los *Jardines del Sol*. El Libertador eligió aquel lugar para que sobre las ruinas del Templo ondeara la bandera colombiana y se oyeran las dianas victoriosas donde siglos antes resonaba el eco triste de los himnos incaicos. En la iglesia se cantó un *Te Deum* y en seguida la Municipalidad le ofreció un brioso caballo enjaezado con piezas de oro. Los vástagos de Manco Capac, como refiere la historia, se agolpaban allí en torno del Libertador, le asían las manos, las bañaban con sus lágrimas y las besaban exclamando: «Manos de Bolívar, poderosas, munificas y buenas; ellas han enjugado el acerbo llanto que los manes de nuestros antepasados los Incas nos han hecho contemplar desde la oscura mansión de los muertos; manos de Bolívar, capaces de libentar un mundo: sed siempre benditas por las generaciones de los hombres; sed inmortales en la memoria de los tiempos...»

Recorriendo aquellos lugares parece que vagan aún por el convento y la colina las sombras de los Incas como diluidas en una atmósfera de idolatría y de sacrificio, confundándose con las de los conquistadores que arrancan de sus nichos a los ídolos, los pisotean y los reparten al ejército; y como que resuenan todavía las pisadas del caballo de Bolívar que sale de la plaza de Huacaipata, baja por el callejón del Loreto y llega hasta Ccori-cancha, enviado por Colombia, «a vengar las ofensas inferidas a los antiguos hijos del Sol»





El Cuzco Colonial

El 24 de marzo de 1534 Pizarro tomó posesión a nombre del Rey de España de la «muy noble y gran ciudad del Cuzco», y Carlos V, por Real Cédula de 19 de julio de 1540, la llamó la «gran ciudad del Cuzco, cabeza de los Reinos del Perú» concediéndole «un escudo que dentro de él esté un castillo de oro en campo colorado, en memoria que la dicha ciudad y el castillo della fue conquistado, entrado por fuerza de armas de nuestro ejército, y por orla ocho cóndores, que son unas aves grandes a manera de buitres que hay en la provincia del Perú, los cuales estén en campo de oro». Aumentó desde entonces la importancia de la ciudad así por las fabulosas riquezas del territorio conquistado como por la calidad y número de los guerreros y civiles que avencidados allí fundaron un centro de política de gran influencia en el antiguo Virreinato.

Parece que España hubiera elegido aquel rincón de los Andes para dejar la más alta prueba de lo que fue su esfuerzo colonizador y lo que significó el trasplantar su religión y su cultura al Nuevo Mundo. Los edificios y templos que se admiran en el Cuzco son el exponente más valioso de aquella labor y permanecerán para siempre como afirmación indestructible y definitiva contra los ataques a la colonización ibérica. Un pueblo que deja en lo más internado del continente descubierto los modelos de arquitectura y los tesoros artísticos que se guardan allí, y que produce historiadores, militares y religiosos de gran mérito como los nacidos en el Cuzco, es un pueblo que lejos de tener por sistema la ignorancia, comprueba a la humanidad que en su

magna empresa de conquista ha secado las fuentes de su cultura secular para trasmitirla e infundirla a las nuevas naciones.

La construcción de la Catedral se inició al día siguiente de la fundación de Pizarro y ocupa el sitio de *Suntuhuasi* sobre el cual se levantaba el palacio del Inca Viracocha, en la plaza de Huacapatá. Fue consagrada en 1668 y Paulo III le concedió las preeminencias de la Catedral de Sevilla, de la cual era sufragánea y cuyo estilo de construcción fue adoptado. Causa maravilla la contemplación de las bóvedas, los arcos y las naves; la famosa sillería del coro y del púlpito, obras admirables de labor en madera; los altares laterales adornados con planchas de plata repujada; los bellos cuadros y famosas esculturas, entre los cuales se destaca el Señor de los Temblores donado por Carlos V y un Cristo que se atribuye a Van Dick. De modo especial llaman la atención el altar mayor y la custodia antigua. El cuerpo íntegro de este altar es de plata cincelada y es considerado con justicia como modelo de buen gusto y de riqueza; en su base se lee grabada con primor esta inscripción:

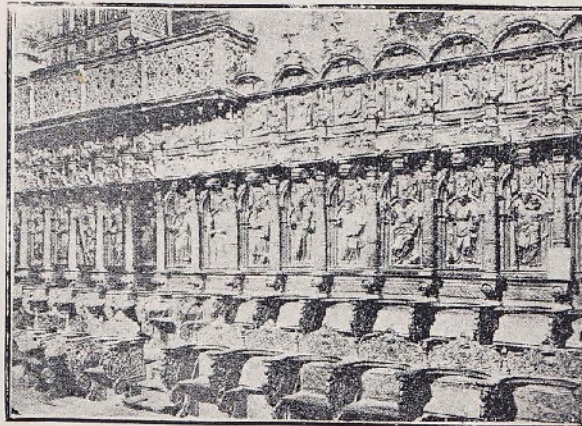
1803
RETABLO, CVIO PRIMOR,
SILO HACE DE VISTA GRATA
CINCO MIL MARCOS DE PLATA
LE COSTEAN EL VALOR.
SV ILVSTRISIMA EL SEÑOR
DOCTOR DON BARTOLOME
DE LAS HERAS, SE BIEN QUE
QVINCE MIL PESOS LE HA DADO
Y HASTA NO VERLO ACABADO
DE DARLE MAS SV ANSIA
FVE.

La custodia de oro antiguo es joya de valor inapreciable por todos conceptos: fue hecha en

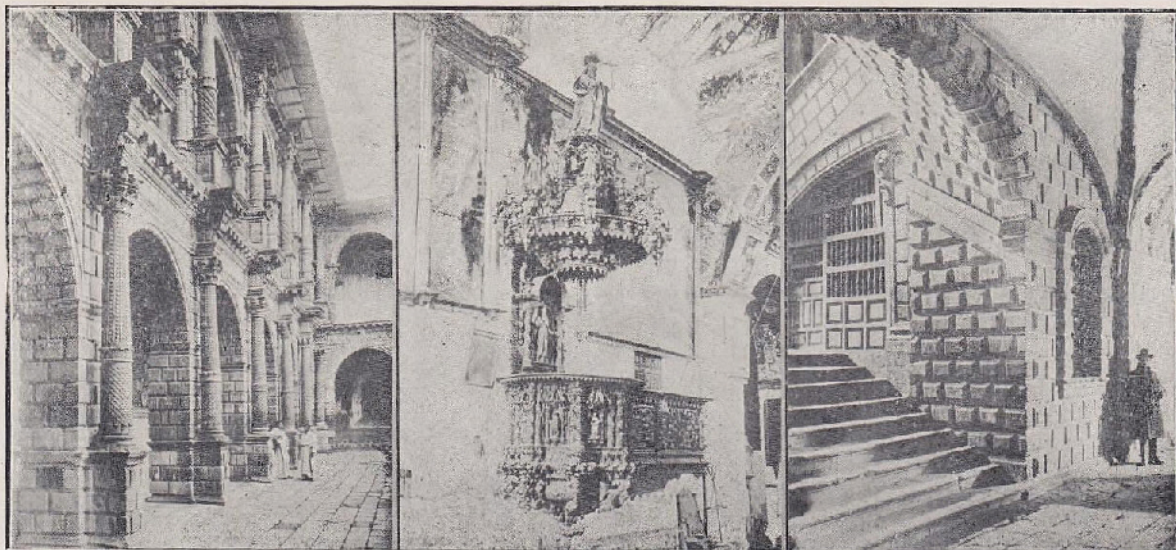


Catedral del Cuzco

Kodak N. G. S.



La maravillosa talla en madera del coro de la Catedral del Cuzco



Un tramo del claustro del convento de La Merced en el Cuzco.

El púlpito de la iglesia de San Blas que por su talla en madera es único en América.

Un detalle de la famosa escalera del convento de La Merced.

el Cuzco en 1747 por el artista Gregorio A. Gallangos y donada por el Obispo Auñón. Sobre una espesa y proporcionada base que tiene incrustadas muchas piedras preciosas, se levantan siete arbolillos de finísimo hilo de oro con racimos de perlas que representan las virtudes cristianas; en seguida aparecen cuatro estatuas de la Sagrada Familia que son figuras de acabada perfección; los vestidos tienen láminas de esmalte y los libros que llevan son tallados en esmeraldas. Les sigue una estatua de Santo Tomás de Aquino, de esmalte blanco con adornos de oro, y un dragón como símbolo de la herejía cuyo cuello y pecho son de enormes esmeraldas. Aparece luego como imagen de la Iglesia el Templo de Salomón, y termina la parte baja de la custodia con una combinación perfecta de pectorales y anillos que le han donado varios Obispos; la parte superior o sol de la custodia guarda en un pequeño cofre una espina de la corona y una partícula de la cruz del Salvador enviadas por el papa Paulo III. El número de piedras preciosas es incontable en toda la sagrada joya y al rededor de la base se lee esta inscripción:

ANNO 1747 ECH D. GREGORIO AGALLENCO

Ha sido avaluada esta custodia en dos millones de soles peruanos, y junto con ella se guardan en las cajas de seguridad de la sacristía muchas otras valiosas joyas antiguas y modernas, entre las cuales sobresalen por su mérito e historia la corona de la Virgen del Cuzco y los clavos y potencias del Señor de los Temblores remitido por Carlos V. Casi todos los objetos de la sacristía son de plata, de carey y de maderas con famosos labrados.

No menos ricas e interesantes son las otras iglesias como La Compañía, de la clásica construcción de los templos de San Ignacio, con magnífica portada y bellísimas pichinas de piedra que ostentan grabados, símbolos religiosos y reales de labor inimitable. El convento de La Merced ha sido llamado «la gloria de las antiguas construcciones coloniales cuzqueñas, sin que haya en el continente algo que le supere en estilo y riqueza». Allí se hallan las tumbas de los Almagros y Gonzalo Pizarro. En San Francisco se imponen a la admiración el coro de madera labrada, de irreprochable perfección en el dibujo y soltura de las múltiples imágenes y símbolos de la Orden, y el antiguo facistol de madera con incrustaciones de carey, sosteniendo siempre ricos y



El Palacio de los Pizarros con los escudos de armas y los bustos de los cuatro conquistadores.



Una calle típica del Cuzco colonial. (Kodak G. N. S.)

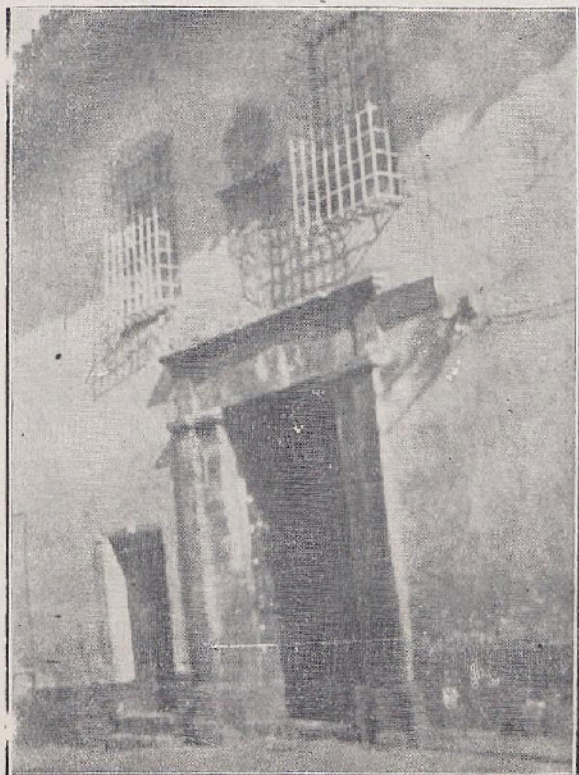
amarillentos pergaminos. En el descanso de la escalera del convento cubre la espaciosa pared, de lado a lado, un lienzo en el que aparecen retratadas al óleo las más eminentes figuras de la Orden, contándose allí más de seiscientas siluetas con sus escudos de armas y leyendas respectivas al pie. Es trabajo descomunal por la labor que representa.

El púlpito de la iglesia de San Blas es obra que por sí sola da tema para estudios detenidos de un técnico, pues se considera como una de las obras históricas más valiosas del mundo a juzgar por las reiteradas solicitudes de compra que han hecho varios museos de Europa y de los Estados Unidos. Es trabajo en madera tan perfecto que, como dice el autor de «La ciudad de los Incas», «ofusca por la profusión ornamental e impresiona por la armonía escultórica». En la base se admiran cuatro cariátides con detalles que revelan alguna conjunción de los artes incaico e hispano, y las columnas, cornisas, figuras de ángeles, signos, adornos y estatuas van descubriéndose por todas partes en suprema armonía hasta terminar con la imagen de Santo Tomás, debajo de la cual se guarda medio escondido el cráneo del inmortal artista.

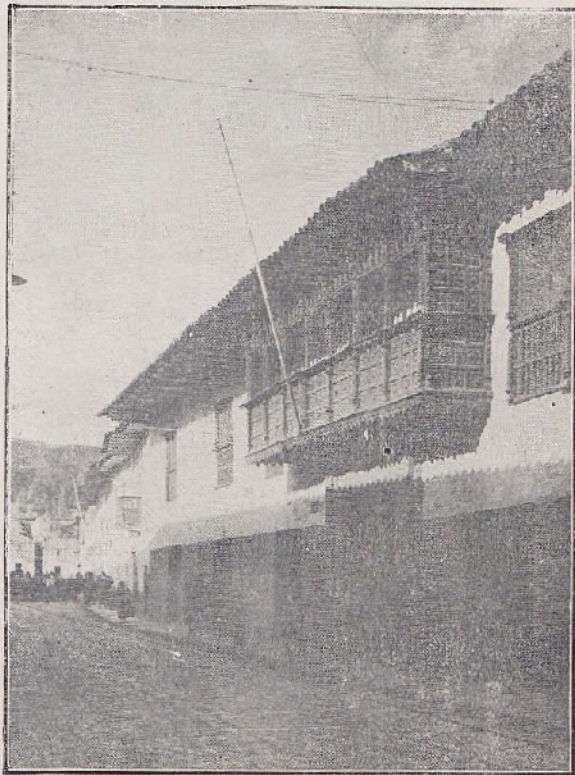
Sería tarea vana pretender siquiera recordar en estas ligeras impresiones de viaje, todas las maravillas de arte y de historia que se guardan en los templos y conventos del Cuzco, como los altares de San Blas y la Dolorosa adornados con espejos antiguos; la Cruz de la Conquista que se conserva en El Triunfo; las bibliotecas de los

conventos, que guardan en sus anaqueles no pocos incunables valiosísimos; los muebles, los retratos, las leyendas, las campanas de las iglesias vinculadas por su crónica a la vida centenaria del Cuzco. En aquel desfile interminable de riquezas históricas hay que ir dejando sin observar lo valioso para ver lo admirable, lo cual a su vez hay que abandonar para contemplar de prisa lo maravilloso y que quede algún tiempo para extasiarse ante lo pasmoso y no dejar de ver lo único. Cualquiera de aquellas piezas que allí por su abundancia se miran con indiferencia; brillarían en cualquier otro lugar que no fuera el Cuzco como joyas de valor inapreciable.

Y si se sale a recorrer las estrechas calles de la ciudad, se encuentran otros tesoros de historia: en la esquina de la antigua calle de la Coca se encuentra la gran casa donde nació el historiador inca Garcilazo de la Vega, hijo del hidalgo conquistador del mismo nombre y de Isabel Yupanqui Ñusta, hija de Hualla Tupac Yupanqui, hermano del Inca Huayna Capac. El historiador vivió allí hasta los veinte años y en 1560 partió para Madrid llevando consigo los restos de su padre. Después de pelear bajo don Juan de Austria contra los moros de Granada, vivió en Córdoba y ya con los vestidos religiosos escribió su obra clásica «*Los Comentarios Reales*», que, como dice Menéndez y Pelayo «no sólo por lo pintoresco y raro de su contenido sino por las singulares circunstancias de la persona del autor, es el libro más genuinamente americano que en tiempo alguno se haya escrito». Su crónica de «La Florida» ha sido llamada «la Araucana en prosa».



Casa donde nació en el Cuzco el historiador Inca Garcilazo de la Vega.



Balcón colonial en el Cuzco de rico tallado en madera (Kodak N. G. S.)

En la portada de la casa donde nació se lee una lápida que dice:

AQUI NACIO (1539)
GARCILAZO INCA DE LA VEGA
† EN CORDOVA 1616

Sus restos se hallan sepultados en la catedral de Córdoba, donde en otra lápida de clásica inscripción se grabó el recuerdo de sus servicios a la iglesia, a las armas y a las letras.

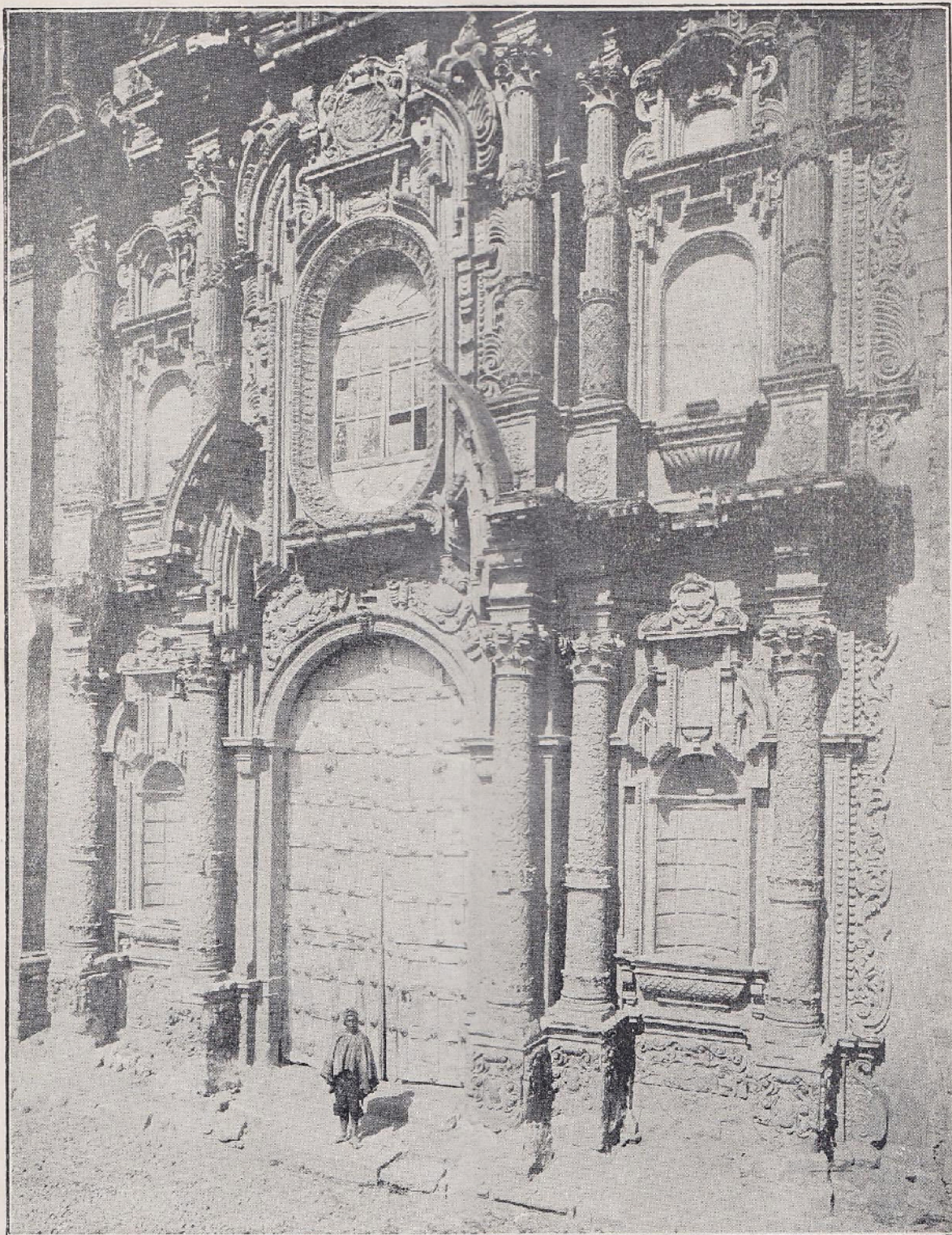
Por estrechas calles del Cuzco se van admirando palacios casi en ruinas, como el de los cuatro Pizarros, Don Francisco, Don Juan, Don Hernando y Don Gonzalo, cuyos bustos grabados en piedra se admiran en el frontis de la casa; no lejos se encuentran las residencias de Almagros y Betanzos, Carvajales y Mancios; de obispos y marqueses, guerreros y escritores; algunas ostentan orgullosos escudos, otras inscripciones borrosas; sobresalen balcones de maravilloso trabajo en madera; se alcanzan a divi-

sar en el fondo armoniosas arquerías y amplios corredores adornados con flores que caen sobre poéticos patios cuyo silencio apenas interrumpen las fuentes de agua cristalina.

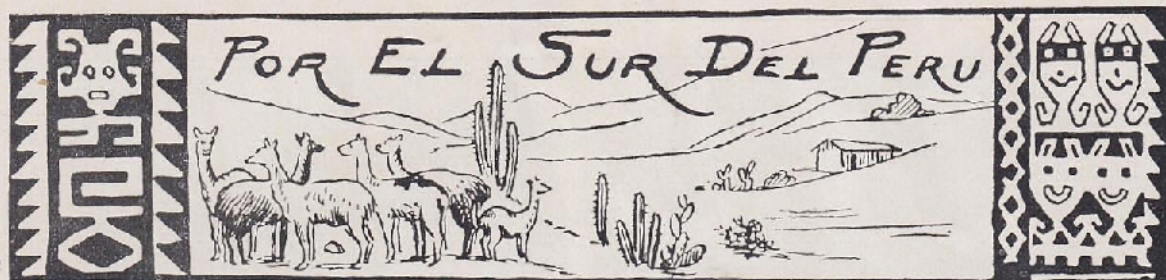
Tarea aún más difícil que describir y enumerar tanta riqueza histórica sería pretender interpretar el espíritu del Cuzco; aquella atmósfera colonial saturada de sabor antiguo, aquella tranquilidad de los conventos, donde los letrados religiosos abren sobre antiguos facistolos enormes pergaminos para desentrañar la crónica gloriosa de la Orden; aquellas mansiones solariegas que transportan la imaginación a épocas pasadas; las costumbres, las leyendas vivas aún, todo aquello, en fin, que parece estar viviendo como hace trescientos años.

El Cuzco es un rincón único en el mundo; es un documento de la tradición hispana; es como un gran museo que debiera estar cubierto por techos de cristal; es una joya antigua incrustada allá entre las rugosidades nevadas de los Andes.





La maravillosa portada de piedra de la Iglesia del pueblo de indígenas de San Sebastián cerca del Cuzco, y que es una de las obras arquitectónicas más famosas de América.



De los indios que pueblan el Cuzco

Con razón ha dicho don F. García Calderón que «el Cuzco es el centro de la tradición india», porque, en verdad, no sólo las ruinas históricas que allí se conservan son fuente valiosísima de la historia de América, sino que la población indígena que habita esa región posee todavía, más que en ninguna otra parte del continente, muchos de los rasgos característicos de los primitivos pobladores del nuevo mundo. Los historiadores han calculado en cien mil el número de habitantes del Cuzco a la llegada de los españoles. La conquista destruyó no sólo las obras materiales que allí encontró, sino que dio muerte a innumerables indígenas y acabó con la organización social de que venían disfrutando desde remota antigüedad. «Semejante organización, como dice Sir Clemens R. Markham, fue ciertamente el socialismo tal como lo concibieron los soñadores de ayer y lo preconizan los bisonios idealistas de hoy. Fue arrazada por la invasión española y no volverá a verse. Sólo pocos, muy pocos, entre los destructores fueron capaces de apreciar el edificio que destruyeron, su belleza, su simetría y su perfecta adaptación al medio ambiente» (1). Estudios posteriores del escritor peruano D. Víctor A. Belaunde, basados en conclusiones del sociólogo alemán Cunow, han venido a demostrar que «el Perú antiguo no fue el modelo de la monarquía patriarcal, sino

el resultado de una agrupación comunista que los incas encontraron perfectamente realizada. El Perú precolombino fue una vasta agrupación de comunidades de aldea».

Además de la conquista, las pestes, las guerras internas, los terremotos, el trabajo de las minas y muchas otras causas disminuyeron el número de indios a veinte mil, que hoy viven en el Cuzco degenerados, dispersos y vencidos. Apenas conservan algunas de las facciones de sus antepasados: cortos de estatura, de rostro oval, nariz aguileña, ojos oscuros y negro pelo lacio. Desde Juliaca en adelante comienzan a presentarse los aspectos singulares de la población indígena; dejan sus bohíos y salen a las estaciones del tren donde forman pintorescas agrupaciones por sus vestidos de encendidos colores y sus sombreros de caprichosas y curiosas formas. Allí ofrecen a la venta sus tejidos, mantas, guantes, mitones, ganchos antiguos, frutas y otros artículos. Se singularizan especialmente por el sombrero o *montera* que usan, y que tiene formas especiales en cada región. En Cusipata y Checacupe son como una teja vuelta hacia arriba, de paño oscuro por encima y por debajo rojo o amarillo fuerte. En Maranguani predomina esta forma y la de un plato, pero lleva flecos de tela pendientes a los lados. Desaparece este estilo en el Cuzco para predominar el de platón adornado con brillantes cordones.

El *Chullo*, que es semejante a la montera colombiana, es el abrigo principal que usan en la cabeza; es tejido de lana en diversos y encendi-

(1) Sir C. R. Markham. «Los Incas del Perú» pág. 145. Ed. Lima, 1920.



Esposa del indio de Paucatambo

Célebre indio de Paucatambo, que ha pretendido proclamarse Inca y se halla preso en el Cuzco por rebelión y sedición.



Tipo de indios del Cuzco con sus vestidos y sombreros especiales



dos colores. La *Lliclla* es una de las piezas principales que usa la mujer y consiste en un manto de colores sujeto

gramática de esta lengua y de la cual lleva ya publicadas varias ediciones (1). En la recepción que el Gobierno de-

adelante con un gancho o alfiler que llaman *tupo*, que es de *champi*, (cobre y plata). Usan también, pero no como parte esencial del vestido, el *pullo*, más generalmente aprovechado por los hombres, quienes casi siempre llevan el *poncho*, o ruana colombiana. Llevan una sandalia de suela muy dura, que denominan *ojota*; una faja en la cintura y una mochila donde llevan la *coca*, alimento que desde la antigüedad han usado para soportar los trabajos y las largas faenas. La *coca* la preparan con *llucta* formando así una sustancia dura, de color chocolate, y el bolo alimenticio, que llaman *piccho*, lo conservan en la boca durante todo el día y lo escupen en la noche. Viendo aquellos indios masticar ese alimento, recordábamos la moderna costumbre americana de los *chiclets*, tan desagradable y tan generalizada en los Estados Unidos.

Se conserva en el Perú el elemento histórico más valioso para el estudio de la civilización indígena: la lengua Quechua, que es el más antiguo de los idiomas americanos y que Manco Capac consideró como factor principal del imperio de que fue fundador. Aquel idioma floreció, tuvo su literatura y decayó con la conquista española, pero ha continuado, no obstante, hablándose en casi todo el Perú y muchos hombres de estudio se han consagrado a su cultivo y enseñanza. El doctor Mariano C. Rodríguez, Chantre de la catedral del Cuzco, es autor de una importante

partamental hizo en aquella ciudad a las delegaciones del Congreso Científico, el doctor Rodríguez pronunció una brillante improvisación en Quechua que le mereció muchos aplausos; otros profesores de la Universidad también hablaron en esa lengua y dieron así a aquellas solemnidades un aspecto muy interesante y particular. En el ejemplar de la Gramática que el doctor Rodríguez remitió para la biblioteca de nuestra Academia de Historia, escribió una dedicatoria que copiamos y traducimos por ser como un mensaje al pueblo colombiano:

Colombia suyupi-Bogotae «tatum araraininman» cai airihuan napaicuininta apachin Ccoscooe chairae huachchie «ararainin». Cervantespa cunan llallae simimpi Munaita ccancuna rimapunquichis, chairaicun Ccoscopas runa simimpi Cusi sonccorae napaicusunquichis.

26 poccoi quillapi 1925 huatapitae. Ccoscooe Ararainimpa sutimpi. Mariano Rodríguez, Samppa yaguan.

Cuya traducción es: «Al delegado bogotano que nos visita en nombre de Colombia y nos trae el saludo de esa tierra, un delegado del triste Cuzco le envía este saludo. El pueblo del Cuzco en su idioma nativo y con el corazón

(1) «Gramática de la lengua Quechua» por Mariano C. Rodríguez, Chantre. Cuzco 1921.



Los indios de San Sebastián en sus bailes *Ccoyaches*

(Kodak N. G. S.)

alegre saluda a los colombianos que tan bien hablan el idioma de Cervantes.

Primera luna de enero de 1925».

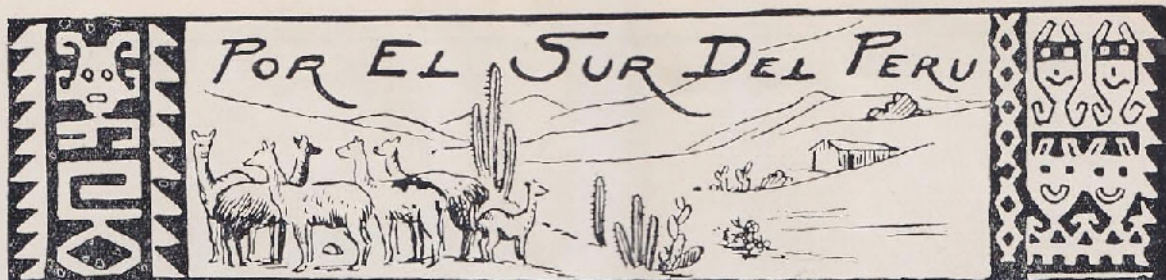
No pocas veces se necesitan en el Cuzco los servicios de un intérprete quechua, bien para obtener informaciones o servicios de los indios, bien para conocerlos mejor y poder cambiar con ellos algunas palabras e ideas.

En la plaza de San Francisco celebran los sábados una de sus reuniones y costumbres más curiosas: es una feria a donde sacan a vender los productos tejidos por ellos, objetos antiguos, yerbas medicinales y toda clase de objetos y utensilios viejos. Son también sobremedida interesantes las fiestas anuales en San Sebastián, pequeño poblado que se halla a corta distancia del Cuzco, donde celebran solemnidades religiosas, ferias y bailes o cuadrillas que llaman *Cco-yaches* para los cuales usan vestidos especiales adornados con cintas colgantes de diversos colores, espejos, lentejuelas, campanas, anillos, mochilas, mantas, sombreros y zapatos, todo bordado con verdadero lujo, y se cubren la cara con una máscara del tipo blanco. Estas fiestas son presididas por los alcaldes o *Barayos*, cargos que se empeñaban el día de nue tra visita Esteban Quispe y Martín Uilca, quienes usaban como símbolo de mando unos bastones de fina y pesada madera con cruces, anillos y otros adornos de plata incrustada. Recordamos entonces a otros indios de Pueblos, New México, Estados Unidos, a quienes tuvimos ocasión de conocer en New York cuando pasaron en febrero de 1924 en viaje para Washington a presentar algunos reclamos ante el gobierno sobre protección de sus tierras y derechos ante la ley americana. Juan González, Agustín Aguilar, Santiago Naranjo, Tomás Tenorio y otros indios de New Mexico, que hablan inglés y español, celebraron una sesión en Horace Mann Auditorium, Columbia University, New York, y con sus vestidos y plumas característicos de los indios de Norte América, bailaron sus danzas y hablaron sobre las razones de su reclamo ante el gobierno de la Casa Blanca. Aquellos indios llevaban también los bastones de mando que el presidente Lincoln entregó en 1860 para que usaran

los jefes de tribus elegidos cada año. Esos bastones también llevan incrustaciones de plata y leyenda alusiva a la entrega que les hizo el Presidente de la Unión Americana.

El pueblo de San Sebastián posee una de las verdaderas maravillas arquitectónicas del Continente, y es la portada de piedra de su iglesia principal. Causa asombro encontrar en aquel poblado de indígenas esta maravilla, y pensar que España dejó allí esa obra que no tiene igual en ninguna capital de América y ante la cual palidecen las mejores de Lima y del Cuzco. Sobre un basamento digno de la obra que soporta, se levantan seis columnas corintias, labradas con primor, que tienen en la mitad la puerta principal enmarcada con profusa decoración, y dos nichos incrustados y labrados de igual manera. Se van descubriendo en esta parte de la obra, en armoniosa distribución, flores, corazones, cabezas de ángeles, arcos, frisos, cornizas todo en profusión admirable. La segunda parte la forman otras seis columnas con nichos, pedestales, anillos, hojas de acanto y sobre una elegante ventana se destaca el escudo de armas del Obispo Mollinedo, bajo cuyo gobierno se levantó aquella obra. Remata la portada con un nicho central a cuyo derredor se ven escudos, cruces, frontones, columnas y otros elementos en la más asombrosa combinación. Al pie de este magno monumento, la presencia de un indígena de aquel pueblo es toda una evocación de las glorias y de los vencimientos centenarios de dos razas.

La escasa población blanca del Cuzco representa otro de los aspectos más singulares de aquella ciudad, pues en los salones de las familias más notables se observan las prácticas sociales de las más refinadas y cultas sociedades. Las delegaciones del Congreso Científico fueron objeto de brillantes e inolvidables atenciones en el Palacio del Almirante, en el Club, en la Prefectura y en otros aristocráticos centros. La Universidad y el Concejo celebraron sesiones solemnes y extraordinarias donde tuvimos ocasión de apreciar la cultura intelectual y social de la ciudad más antigua de América. Una visita al Cuzco deja en la vida un recuerdo tan alto y tan brillante como el nevado cerro de Vilcanota que alumbra perennemente la antigua ciudadela de los Incas.



De regreso

Ningún viaje al país de los incas es completo sin llegar hasta las orillas del Lago Titicaca, de cuyo fondo surge la isla sagrada de Koati que conserva las cuevas de donde salieron los hijos de las aguas, el sol y la luna, según la tradición de los Aymaras. De regreso del Cuzco tomamos el ramal del ferrocarril que se desprende en Juliaca y que va al puerto principal de Puno (12.500 pies de altura sobre el nivel del mar), en la margen peruana del lago. El tren va penetrando lentamente y de pronto ambos lados de la línea se ven rodeados de pequeñas y pintorescas lagunas que presentan el más bello paisaje a la caída de la tarde: nubes de caprichosos colores dan tintes soñados a las aguas milagrosas de los antiguos Aymaras; allá en la lejanía parecen como romper la línea purísima del horizonte los picos más altos de las islas nevadas y de las ruinas de Tiauanaco, de la era megálitica; a las puertas de sus bohíos los indios melancólicos envueltos en sus ponchos de encendidos colores contemplan la puesta de su astro rey, y como perdidas en las algas de la orilla descansan de la diaria tarea con las olas, las piraguas de totora, esa poética e inseparable imagen del bellísimo lago boliviano.

La luna surge enorme como del fondo de las aguas y al levantarse va poniendo una nota romántica y misteriosa en la espuma de las tranquilas olas, en los espesos juncales y en las piraguas que se mecen a los lados del Inca, pequeño vapor destinado a llevar a la costa de Bolivia buen número de compañeros de nuestra expedición. En aquella noche inolvidable despedimos allí a varios miembros de las Delegacio-

nes de Argentina, Bolivia, Brasil, Cuba y Estados Unidos que, de regreso para sus países, van a visitar a Copacabana y a concurrir a la peregrinación y feria anual de febrero, celebrada por los indios de toda aquella región desde remotos tiempos y que por las costumbres, vestidos, actos religiosos y fiestas que se verifican, es en concepto del profesor americano Bingham «el más vívido espectáculo y la feria más brillante y célebre de todo Sur América; una mezcla de placer y de negocios; pagana y cristiana; Española y Titicaca, contemplación digna de un largo viaje» (1).

Después de un rato de bullicio y de preparativos en que se oyen adioses y recuerdos en los varios idiomas de los excursionistas, el Inca comienza a desprenderse lentamente y a poco rato su silueta, apenas divisada por los rayos de la luna que lo bañan, se pierde en la inmensidad de las aguas...

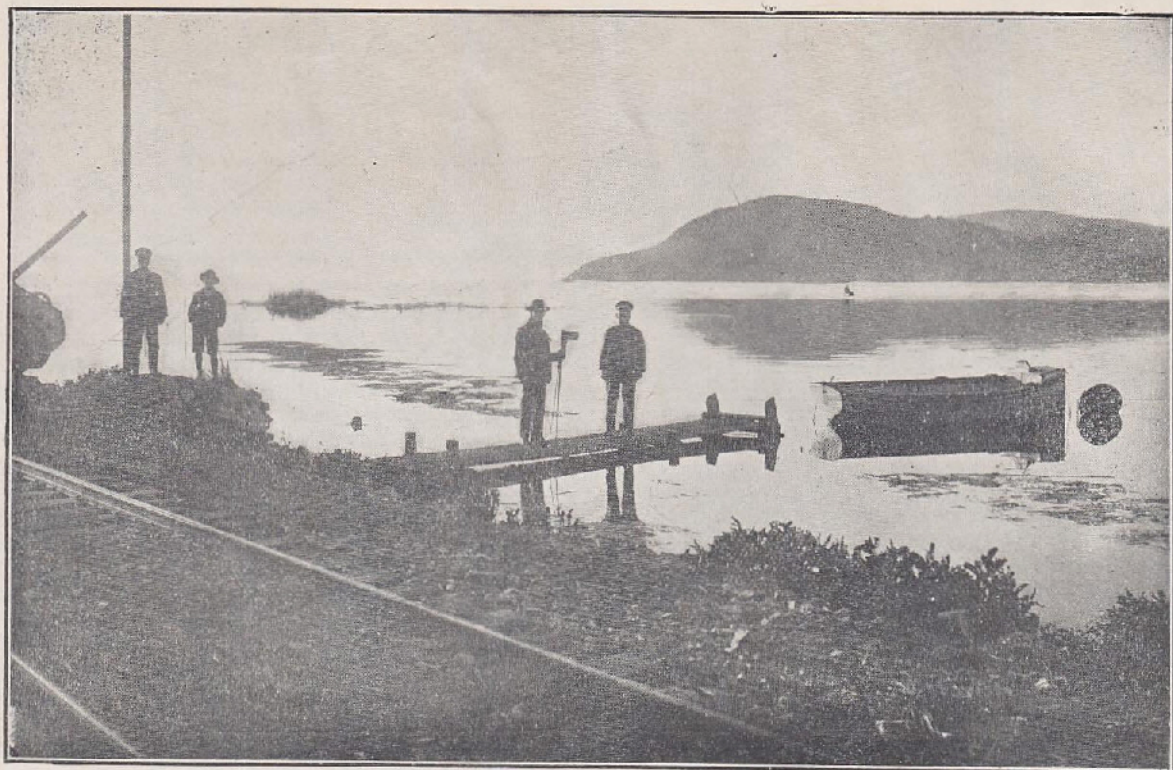
Espléndida y brillante mañana a orillas del

lago Titicaca: un sol deslumbrador, un cielo purísimo, una atmósfera diáfana, una temperatura fría (55 grados F.); en el horizonte las eminencias nevadas de la Cordillera Real que se eleva a 17.000 pies, y más allá los blanquíssimos picos del Monte Soratá que domina toda aquella extensión desde una altura de 21.520 pies. «Para los adoradores del sol y de la luna la vista de estos astros celestiales levantándose sobre las majestuosas montañas de nieve y reflejando sus glorias en las brillantes aguas del lago, tenía que ser, dice el sabio americano mencionado, un espectáculo verdaderamente sublime». Abrigados con *chullos*, con *llicllas* y con guantes de vicuña tejidos por los indios tomamos una piragua



Una piragua de «totora» en el Titicaca

(1) «The Inca Land» By H. Bingham, pág. 106.



Un aspecto del gran lago Titicaca

de totora y con los primeros pescadores de la mañana nos vamos a navegar por el lago. Dominados los juncuales de la orilla, un viento favorable empuja el mástil de junco y con un hábil remador indígena, a medida que vamos penetrando, departimos sobre las leyendas y costumbre de su lago sagrado: a diferencia de los lagos del norte, la superficie del Titicaca no se hiela jamás y tan sólo en el invierno se forman témpanos de hielo en las orillas; las islas son estériles y el pescado no es abundante, y como evocando las glorias de su raza, refiere que los Aymaras y los Incas atravesaron el lago hace remotos siglos trayendo en piraguas enormes los monolitos de diez toneladas de peso para los monumentos de Tiahuanaco, tradición que ha estudiado científicamente el escritor boliviano Sr. Posnaski.

Navegando sobre el Titicaca cuántas tradiciones se agolpan a la mente: de su fondo salió en el siglo XI Manco Capac a fundar el imperio de los Incas; al culto del sol se consagró la isla que lleva el mismo nombre, (*peña de metal*), y al de la luna la de Koati (*señora o reina*), donde consumían sus existencias las sacerdotisas del pueblo; se dice que Santo Tomás anduvo predicando la palabra de la verdad cristiana a los espíritus salvajes que poblaban aquellas márgenes heladas y que vivió y murió en la cueva de Carabuco, y que después del asesinato de Atauhalpa se arrojaron al fondo del lago los tesoros de los indios para ocultarlos a la conquista española. Tanto vivo recuerdo envuelve como en una atmósfera de tradición y de leyenda las aguas de este lago singular.

Vueltos a la orilla el tren anuncia la hora de



LIMA—El antiguo palacio de Torre Tagle, hoy Ministerio de Relaciones Exteriores. (Kodak N. G. S.)



LIMA El palacio de Pizarro, residencia del Presidente de la República. (Kodak N. G. S.)

partir, y momentos después vamos trepando de nuevo la cordillera en viaje de regreso. Otra vez *Lagunitas*, *Crucero Alto*, la ciudad y el valle de Arequipa, el *Misti* y el *Chili*; los médanos de arena en el desierto peruano, y desde el valle del Tambo volvemos a divisar a lo lejos las olas del Océano Pacífico.

Después de varias horas de navegación la temperatura se hace fría y llama la atención una línea blanca, de espuma, que se prolonga por muchas millas a lo largo de la costa peruana, como en sentido diagonal. Es que vamos pasando la *Corriente de Humboldt*, llamada así por haber sido el sabio alemán el primero que la estudió científicamente, y que constituye uno de los fenómenos más interesantes de la vida ecuatorial: es una corriente de agua fría que arranca en el Antártico, va por entre el mar, baña la costa peruana y se desvía hacia Galápagos, algunas de cuyas islas alcanza a tocar. El viajero nota la presencia de la corriente por el brusco cambio de la temperatura, que baja varios grados, y por la línea blanca que forman al juntarse en el mar las aguas frías de la misma corriente y las templadas de la zona tropical. Presenta tan interesantes y curiosos fenómenos esta corriente que desde hace pocos meses se halla estudiándola una expedición despachada por *The New York Zoological Society* a buscar de modo especial los peces que nacen en la confluencia de aquellas aguas. El 28 de marzo último cruzó el Canal de Panamá la citada expedición oceanográfica en viaje a la costa del Perú, a bordo del *Arcturus*, presidida por el sabio americano Mr. William Beebe, quien ha venido publicando interesantísimas relaciones sobre sus descubrimientos y hallazgos en el fondo del mar, en *The New York Times Magazine Section* (1).

Una espesa niebla cubría completamente el Callao en la mañana de nuestro arribo; poco a poco los rayos del sol fueron dejando adivinar los barcos y las lanchas que ocupaban la histórica bahía. Verificado el desembarque y recibida una cordial bienvenida, poco después nos hallamos de nuevo en la capital del Perú. La ciudad ya no ostenta los lujosos atavíos ni se halla inundada por los visitantes del Centenario de Ayacucho y del Congreso Pan-Americano; van pasando los días de la vida ordinaria bajo un intenso verano, y aunque apenas terminadas las fastuosas solemnidades de Diciembre, ya se notan los entusiastas preparativos para el carnaval de febrero, porque esta es «la ciudad incansable de la alegría y de la gracia» como la llamó el

primer limeño de Lima, don Ricardo Palma, apellidado así por Rubén Darío.

Aunque Lima es afamada por su historia centenaria, la primera impresión que hoy se recibe de ella es la de una ciudad completamente moderna que acoge a diario la influencia de New York, de París y de Londres. Por el «Portal de los Escribanos» ya no se ven aquellos «cartularios de antiparras cabalgando sobre una nariz ciceroniana, tintero de cuerno y pluma de ganzo, gregüescos de paño azul a media pierna, jubón de tiritaña y capa española», según la insuperable descripción de don Ricardo. Los hombres de negocios y el espíritu mercantil de la época han invadido los dominios de los «Escribanos de número, de la ralea de los de *por ante mí de que doy fe*», que antes daban la ley en la plaza de Armas y en los girones principales. Por los portales ya no salen a dar un verde las tapadas, sino que parecen importadas de Broadway las alegres limeñas que dan el tono de la elegancia en las Carreras y en los Toros, en los salones y en las playas.

Por la Alameda de los Descalzos ya no van hacia la Recoleta las calesas coloniales, tan famosas en tiempo del virrey Amat, sino que hoy cruzan las calles de un intenso comercio, en peligrosa congestión, innumerables carros Ford. Para hallar algún sabor histórico en «la tres veces coronada Ciudad de los Reyes», de que con tanta simpatía se sonríe Palma, es necesario ir en días tranquilos al Palacio de Torre Tagle, a los conventos e iglesias, al palacio de Pizarro a ver la higuera que aún existe y que sembró el notable conquistador; es preciso ir hasta la Recoleta a ver cómo subsiste aún la caritativa institución del Padre Corzo, que data de 1592, y acercarse a unos pocos rincones más que guardan la tradición histórica casi desaparecida por las preocupaciones de la vida moderna. Y para apreciar la gentileza legendaria, la generosidad inimitable, la cultura refinada de la aristocrática sociedad de Santa Rosa de Lima, en cuyo seno se conservan y cultivan las más exclusivas prácticas de antaño, precisa acercarse hasta las mansiones donde se ostentan joyas históricas dignas de los mejores museos.

Volvemos a San Marcos, la Universidad más antigua de América; visitamos de nuevo la tumba de Pizarro en la Iglesia Catedral; recorremos las orillas del Rimac, las plazas, avenidas y parques de construcción moderna; contemplamos el océano en una bella tarde de verano desde los elegantes malecones de Ancón, Miraflores y Barranco; recogemos las más gratas e inolvidables impresiones y nos despedimos del Perú... pero no para siempre!

NICOLAS GARCIA SAMUDIO

(1) «The New York Times Magazine Section».—Abril 19, junio 7, junio 14, junio 21, 1925.